

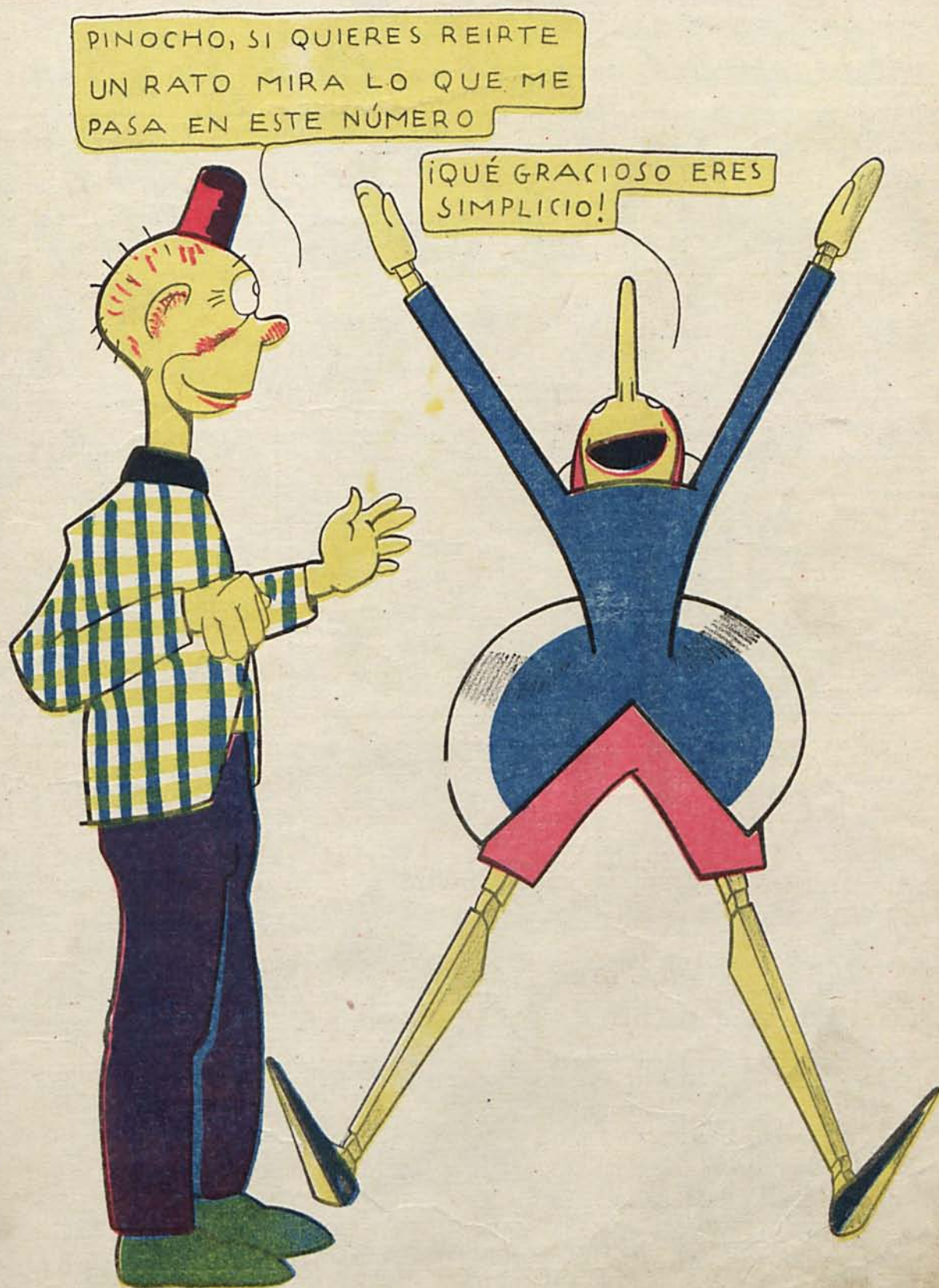
PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II
NUM 60

40 Cents.

11 ABRIL
1926



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS. OTROS PAÍSES. AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



© 1925 BY INT'L FEATURE SERVICE, INC. First British rights reserved.



PINOCHO Y LOS DEPORTES

Nuestros colaboradores.

Deportes atléticos.—El salto de pértiga.



Esta prueba es una de las más difíciles del atletismo, pues además de que se necesita ser constante en el entrenamiento, hay que tener una constitución física superior, ser muy ligero y tener un gran dominio sobre sí mismo.

La pértiga era conocida por los antiguos, era de madera de nogal o de abeto; en la actualidad son de bambú muy ligero y resistente. En un extremo lleva una punta de hierro para poderla clavar en tierra; se cubre con unas ligaduras de cuerda embreada para su mayor resistencia; su longitud es, generalmente, de 4,50 a 5 metros, y su diámetro de 5 a 6 centímetros.

La técnica de este salto es un poco más complicada que cualquier otra de estas pruebas; consta de cuatro partes principales que son: la carrera, el impulso, la suspensión y la caída.

La carrera o preparación.—El atleta coge la pértiga a la misma altura de la que hay del suelo al listón, o sea, si el listón está en los dos metros, el que salta debe coger la pértiga más o menos a la misma altura; la mano más fuerte, que en este caso sea la derecha, se coloca unos centímetros más arriba de la barra y la otra a la misma altura; cuando ha cogido bien la pértiga la levanta, haciendo que su otro extremo venga a quedar al nivel de la cabeza; luego toma la carrera, a un paso no muy rápido, y siempre con la pértiga levantada, cuando ha llegado a la mitad del trayecto aumenta su velocidad, a medida que va bajando la pértiga; entonces es cuando se va a producir la impulsión.

El impulso.—Cuando va a clavar la pértiga da sus dos últimos pasos más cortos para reconcentrar energías, luego las piernas hacen una flexión, las manos cogen fuertemente la pértiga, el cuerpo, debido al esfuerzo de los brazos y al impulso de las piernas, se eleva; es entonces cuando viene la suspensión.

La suspensión.—El cuerpo está en el aire, va haciendo un movimiento de rotación alrededor de la pértiga, las piernas se repliegan sobre el medio cuerpo inferior, los brazos en flexión; después, las piernas se extienden y el cuerpo queda completamente vuelto. Luego el cuerpo se dobla sobre la barra, quedando los brazos, la cabeza y el tronco al lado de la pista, las nalgas y la cintura en el centro, o sea encima del listón, y, por último, las piernas quedan al otro lado, quedando, como se puede ver, el cuerpo en forma de una V invertida.

Después, el saltador, que todavía tiene la pértiga en las manos, la da un fuerte impulso con la mano superior, o sea con la derecha, que la hace caer en dirección a la pista; esto también le sirve para darse un último impulso, para no tocar el listón, el brazo izquierdo es el primero que se suelta, elevándose violentamente hacia atrás; la cabeza se levanta, el tronco se endereza, mientras que la mano que ha dado el impulso se va a reunir a la otra.

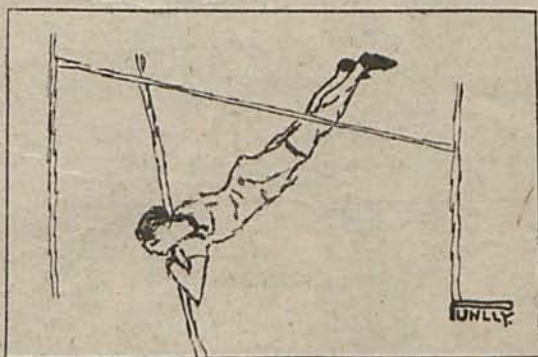
La caída.—Es preciso que antes de soltar la pértiga el saltador se vuelva de cara al listón, pues esto facilita su caída y no la hace tan desagradable, como son las caídas de espalda, que al mismo tiempo son peligrosas; hay que caer de puntillas y flexionando las piernas; de esta manera si cae uno, puede caer sentado y no sucederle nada serio.

PUNLLY.

Más triunfos en la Argentina.

«Estudiantil Pinocho», 1; «Sportivo Chapete», 0.

A las nueve y media, el «réfere» señor Carmelo Campagna hizo alistar a los cuadros, que compusieron así:



Este tanto fué marcado en una forma rápida y lucida.

Luego de este tanto la lucha se volvió a emparejar en algo; pero Gómez, a no ser por algunos fuertes tiros de Zugasti, hechos de larguísima distancia, no fué mayormente empleado.

Y sin que el «score» variara, terminó el partido.

Ambos cuadros jugaron con gran entusiasmo, jugando ambas defensas en forma muy segura.

El árbitro, señor Campagna, llamó la atención por su excelente desempeño.

MISTER BULL.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, por qué hablan los loros y no hablan los demás pájaros.

—No es seguro que no puedan hablar los demás pájaros. Desde luego, ninguno tan propicio para charlar como el loro, el cual aprende muchas palabras con sólo un poco de paciencia por parte del hombre. ¡Quién sabe! Acaso las demás aves podrían hablar con más perfección que el loro, con más aplomo, con más seso.

—Eso lo dices tú porque no eres loro.

—Ni quiero serlo, querido Chonón. Además, no me negarás que hablo mejor que las cotorras, por lo cual no tengo nada que envidiarles a esos desgraciados animales.

—¿Pero de qué depende, dime, el que hablen los loros y no hablen los demás animales?

—En este caso todo depende de oír bien, perfectamente, lo que el hombre dice. Es probable, casi seguro, que el loro tenga un oído muy fino, muy a propósito para recoger los sonidos emitidos por el hombre. Si no fuera así, le ocurriría al loro lo que a los niños sordos, que por este motivo son, además, mudos.

—¿Y todo depende del oído, querido buho?

—Todo, desde luego, no. Es muy probable que estos pájaros tengan un cerebro que los capacite para charlar, ya que la cualidad de hablar, más que la boca, los labios, los dientes y la lengua, depende, sobre todo, del cerebro.

—Lo cual quiere decir, querido buho, que el loro posee un cerebro más estimable que el de ninguno otro pájaro.

—No lo creas. Hay que fijarse cómo habla el loro y la escasisima inteligencia que pone en lo que dice. Entre lo que dice el loro, correctamente, y los balbuceos de un niño que apenas sabe hablar, hay una diferencia enorme.

—¿Cuál?

—El loro, aunque hable claramente, nunca sabe lo que dice, pues repite maquinalmente lo que ha oído; por el contrario, el niño, aun cuando no se le «entienda lo que quiere expresar, siempre habrá inteligencia en los sonidos que emite. El uno no quiere decir nada, aunque entendamos lo que diga; el otro, en cambio, quiere expresar un deseo, un sentimiento, aun cuando no consigamos comprender, por la imperfección de los sonidos, cuáles sean aquellos sentimientos o deseos.

—Entonces el loro es... un loro, es decir, un tonto.

—No tanto. Libreme Dios de ofender a los loros. Lo que ocurre es que éstos hablan como habla el gramófono, por ejemplo, sin saber lo que dice, y la inteligencia que demuestran los loros en sus conversaciones es muy distinta, menor que la que a primera vista parece.

—Vamos, que tú te consideras superior a cualquier loro.

—Naturalmente. Y créeme que no hay más talento en lo que dice una cotorra que en la manera como ciertos animales, los insectos, pongo por caso, se comunican sus necesidades.

LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

—¿Y no nos sofocará el humo?
—Si la respiración se nos hace difícil, retrocederemos —dijo el doctor—. Adelante, amigos; quizá estén agonizando los desgraciados que han provocado la explosión del grisú.

—¡Vamos a salvarlos! —exclamaron los tres pescadores, con noble desinterés.

Traspasada felizmente la abertura, penetró la canoa en una caverna, que al parecer tenía notables dimensiones, porque allí el humo circulaba libremente sin hacerse denso.

En el fondo de ella se distinguía una luz rojiza. Parecía como si arroyos de lava corriesen por entre las rocas, negras como la pez.

De vez en cuando saltaban chispas, que llevadas por alguna corriente de aire, surcaban el espacio e iban a caer en el centro del lago como minúsculas estrellas.

—¿Qué arde allí? —preguntó Vicente.

—Masas de hulla —respondió el doctor—. La mina se ha incendiado.

—¿Por efecto de la explosión?

—Seguramente.

—¿De modo que esos hombres habrán buscado un refugio en esta caverna?

—Así lo creo.

—Tenemos que desembarcar para buscar sus cadáveres.

—Veo a la izquierda una playa.

—Acerquémonos a ella, doctor.

Aunque el humo y las chispas llenaban por completo la caverna, los cuatro exploradores impulsaron la canoa hacia una playa bastante baja, formada por masas negras, que al reflejo del incendio tomaban la brillantez de la plata. Debían ser bloques de carbón fósil, o por lo menos así pensaba el doctor.

Hicieron encallar la canoa en la arena, y Vicente y el señor Bandi saltaron a tierra con dos lámparas de seguridad.

A pocos pasos de la orilla se elevaba una pared gigantesca, negra, con reflejos argentados y rayas blanquecinas, dispuestas en zonas horizontales. Eran extractos de carbón fósil depurados por aquella especie de roca que los mineros ingleses llaman *trapp*; pero que no es otra cosa sino lava más o menos endurecida.

Observando mejor aquella pared, vió el doctor que el carbón estaba mezclado además con masas metálicas, que en seguida reconoció por hierro.

—He aquí una mina que puede competir con las más ricas de Inglaterra —dijo—. ¡Carbón y hierro! ¿Qué más se puede desear?

—Es una mina compuesta —dijo Vicente—. Yo creía que las minas de carbón no podían contener ninguna otra cosa más.

—Y lo cree la mayor parte de la gente; siendo así que, por el contrario, los depósitos carboníferos son ricos en metal, especialmente en Inglaterra. Se puede decir que se saca mayor producto del hierro que del carbón. Mirad en tanto vosotros por todos los alrededores a ver si podéis encontrar a los desgraciados que han provocado esta explosión.

—Aquí hay luz suficiente para descubrir un campamento, y yo tengo buena vista; pero no veo nada, doctor.

—El carbón se ha desplomado, y pudiera ser que entre aquellos montones hubiese algún cadáver.

—Pues vamos a buscarlo, doctor.

Poco antes, la explosión del grisú había hecho agrietarse una parte de las bóvedas, acumulando en algunas partes grandes montones de carbón y de *trapp*. En el extremo de la caverna se había

formado además una gran grieta, y allí se había encendido el carbón en una extensión de unos treinta metros, formando un surco de fuego que ardía lentamente con continuo crepitar, esparciendo por el aire una nube de humo negro, denso, impregnado de un acre olor a gas, a azufre y betún.

El doctor y Vicente, explorados los amontonamientos de carbón sin haber hallado ningún cadáver, se dirigieron hacia la hendidura y se detuvieron a pocos pasos del lugar del incendio, tratando de explorar la parte opuesta sólo con la mirada, pues les era imposible atravesar aquella zona de fuego.

—¿No descubres nada, Vicente? —dijo el doctor.

—No, señor —respondió el marinero—; no veo más que masas de carbón.

—¿Habrán logrado salvarse esos hombres?

—¿O los habrá arrojado la explosión a este lago?

—Quisiera asegurarme de ello.

—Démosle la vuelta, doctor.

Los ahogados suben a la superficie al cabo de cierto tiempo.

—Sondearemos el fondo.

—Dígame, doctor, ¿no se apagará este incendio?

—Es capaz de durar siglos enteros.

—¿Hasta que se termine todo el carbón de la mina?

—Sí, Vicente. En Francia y en Inglaterra hay minas que arden desde tiempo inmemorial.

—¿Hoy también? ¿Y por qué no las apagan?

—Lo han intentado; pero sin lograrlo.

—Bastaría con extraer de ellas todo el aire.

—Ya lo saben eso los franceses y los ingleses; pero no han sido capaces de sofocar esos incendios.

—¿De modo que dentro de cien o doscientos años estará aún encendida esta mina?

—Y aún más tiempo, quizá. Este es un gran depósito carbonífero, y ¡quién sabe la extensión que puede tener!

—Se podrían sacar muchos millones de este carbón.

—Y en buen número, Vicente. Es de excelente calidad, grueso, duro, muy apreciado para la fabricación del gas y del cok.

—¡Cuánta riqueza perdida!

—murmuró con melancolía el pescador.

—Perdida, no, Vicente.

¿Quién impedirá que sea trabajada esta mina desde la superficie? Ya llegará el día en que estas minas sean descubiertas, pues me parece que estas capas deben llegar hasta la superficie del terreno.

—Sería una verdadera fortuna para nuestro país, que tanta escasez padece de carbón.

—¿Y quién te dice que no hay minas en Italia? En los tiempos antiguos la Liguria abastecía de carbón a Grecia, y en muchas de nuestras regiones se han hallado grandes filones, pero nadie se ha tomado el trabajo de explotarlos. Petróleo y carbón no faltan en nuestro país, y si los italianos quisiesen podríamos tener tanto como en Rusia, América e Inglaterra, si en vez de guardar nuestro dinero en los Bancos lo empleáramos en explotaciones mineras; eso es nuestro mal.

—Es verdad, doctor. Dígame: ¿a cuánto ascenderá actualmente la producción de nuestras minas?

—Como término medio se sacan unos trescientos millones de toneladas al año, y esta cifra va en aumento.

—¿Y no llegará un día en que se agoten esas minas?

(Continuará en el número próximo.)





EL CALIFA LADRON

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

El Califa no pudo contener las lágrimas al oír estas palabras, llenas de sentimiento y de religiosidad, de la infeliz Omaljair. Se levantó como para salir; pero Racuña y su madre lo retuvieron, tirándole dulcemente del vestido.

—¡Por el nombre de Dios —le dijeron— no te separes de nosotras!

Harún, más impresionado todavía, cogió las manos de Omaljair con un movimiento de ternura y de respeto.

—¡Oh, mi buena madre! —le dijo—. Tú me has entregado un tesoro en la persona de tu amable hija; pero tú me has hecho todavía más bien con las sabias enseñanzas que yo puedo sacar de lo que me has dicho, para regla de mi conducta en el porvenir. Yo os prometo a las dos para siempre la más viva afección y el reconocimiento más sincero; de ello recibiréis las pruebas más evidentes; pero permitidme que salga, y dejadme a mí el cuidado de guardarme de mis enemigos: asuntos indispensables me reclaman. Adiós, mi querida Racuña; pronto me volverás a ver.

Y diciendo estas palabras, se escapó y se volvió a su palacio entrando por las puertas secretas que conducían a sus habitaciones.

Así que hubo llegado se vistió su traje de ceremonia, subió a su trono, hizo reunir a sus visires, a sus emires, a sus diferentes ministros; y mientras cada uno ocupaba su lugar, él reflexionaba, con la frente apoyada sobre la mano, y se decía en lo más íntimo de su alma:

«Califa cruel. ¡Has precipitado en el infortunio a una familia ilustre, recomendable por su rango y por sus servicios; has estado a punto de bañarte en la sangre de uno de tus vasallos más fieles; haces todavía que se consuma en la prisión una princesa respetable por sus virtudes y por sus desdichas; te has conducido como un odioso tirano, y tus cortesanos te levantan hasta las nubes!... ¡Tú eres, en su boca, el gran Harún Arraxid!...»

Mientras el Califa se hacía esta dolorosa confesión, todos los personajes más notables de la corte se habían prosternado ante él; con un aire de profundo disgusto veía este homenaje engañoso, esta corte que, en fuerza de adorarlo, parecía haberlo envilecido.

—Levantáos —les dijo—, yo os lo mando. Que vayan a sacar de su prisión al noble *háchib* Chemaleddin, que lo traigan aquí, revestido con los más ricos trajes. He examinado yo mismo el desdichado asunto por cuya causa lo había hecho traer ante mi tribunal, y tengo todas las pruebas de su inocencia; lejos de merecer castigo es digno de recompensa y pretendo indemnizarle hoy de todo cuanto ha sufrido injustamente. Y vosotros, visires, que me escucháis y que sabéis que yo soy accesible a la verdad, explicadme cómo, debiendo conocer mejor que yo al sujeto contra el cual las apariencias me habían prevenido, no ha habido uno sólo entre vosotros que se haya atrevido a tomar la defensa y a pedir el perdón de un hombre de estas cualidades y de estos méritos.

—¡Príncipe de los creyentes! —le contestaron—: el respeto nos cerró a todos la boca.

—Pues yo —replicó severamente el Califa— odio el respeto que me aparte de la verdad. Cuidad, de aquí en adelante, de no prestarme esta clase de respetos.

Los visires besaron la tierra, en señal de obediencia.

Chemaleddin llegó entonces al pie del trono, y se prosternó. Harún bajó de él para imponerle el vestido de honor más rico que había en palacio.

—¡Que Dios prolongue tu vida, soberano de todos los fieles —exclamó el joven— lo mismo que ha hecho que te fijas en mí!

—¡Te nombro príncipe —le dijo el Califa—, por encima de todos los príncipes del imperio, y jefe de todos los emires. ¡Ve a consolar a tu madre!

Chemaleddin se apresuró a obedecer una orden tan agradable para él. Tenía idea de marcharse a pie, como un simple particular; pero a la puerta le esperaba un caballo soberbiamente enjaezado, y los visires tenían orden de formar su escolta y de acompañarlo a su casa; cuatro caballeros se

habían adelantado para decir a Omaljair la llegada de su hijo, por temor a que la sorpresa le causara alguna mala impresión.

Mientras que Chemaleddin se dirigía a su casa, Cháfar y Mesrur acompañaban a su aposento a la joven princesa de Persia. Harún la había ofendido demasiado para atreverse a presentarse ante sus ojos. Ella todavía no era su esposa, más que en virtud de un contrato que se podía rasgar aún. Los dos confidentes del Califa tenían el encargo de prevenirla de que ella había recobrado su libertad, y podía quedarse en palacio, si lo prefería, como hija del soberano, y con todos los honores anejos a esta condición. La princesa sintió una satisfacción interior con la proposición que le hacían.

—Podéis ver en mí —les contestó— la hija sumisa, reconocida y respetuosa del Príncipe de los creyentes.

Harún quedó encantado de la forma en que se había recibido su proposición, y concibió al momento el proyecto de casar a su hija adoptiva con el nuevo jefe que acababa de dar a los príncipes y a los emires del imperio.

La madre y la hermana de Chemaleddin corrieron a su encuentro; no se sabía cómo arrancarlas de sus brazos. Después de estas naturales manifestaciones de cariño, entró en el aposento en que ellas se albergaban.

—¿En qué casa os encuentro? —les dijo—. La nuestra fué arrasada saqueada; yo no reconozco nada aquí; y vec con una sola mirada más riquezas que nosotros hayamos tenido jamás.

—¡Ah, hijo mío! —respondió Omaljair—. Esta riqueza es una prueba de la desgracia en que habíamos caído. Cuando te arrancaron de nuestro lado, se llevaron y rompieron todo, y nos dejaron sin vestido, sin pan, sin un cántaro siquiera para ir a recoger agua. Nosotras no éramos capaces de trabajar, y yo me vi reducida al extremo de mendigar el pan de tu hermana y mío. Ayer un hombre se presentó en nuestra casa, y propuso dar ocho mil dinares por la dote de Racuña. Es alto y bien puesto; pero no es más que un beduino, un árabe del desierto. Yo sospechaba que no valía gran cosa, pero no teníamos ni una onza de pan. El me propuso que fuera yo misma a buscar al cadí, para que viniera a redactar el contrato.

«A las primeras palabras, el juez ordenó que me llevasen al hospital de locos; luego, cambiando de repente de opinión, me hizo mil cumplimientos, y vino corriendo detrás de mí hasta aquí, sin entretenerse siquiera en ponerse las babuchas. Como no trajo papel para redactar el documento, rasgó su *farachia*, escribió en ella, nos dejó el trozo, y por ahí está. También me dejó aquí su vestido, todo rasgado, y se alejó, sin mirar atrás. El yerno que yo había tomado también se marchó.

«Un momento después la casa estaba llena de arquitectos, tapiceros, marmolistas, pintores, doradores... No podíamos revolvernos. A todos pregunté cuál era la profesión de mi yerno: no pude sacarles ni una sola palabra. En seguida llegó el cofre de la dote: telas, muebles; al final una cena como para un rey. Todo iba muy bien hasta entonces, cuando a las diez de la noche vino el jefe de la policía con treinta antorchas y un pelotón de trescientos hombres para hacer preso al ladrón. tratándonos de encubridoras. Nos dijeron injurias afrentosas; querían hacer derribar nuestras puertas.

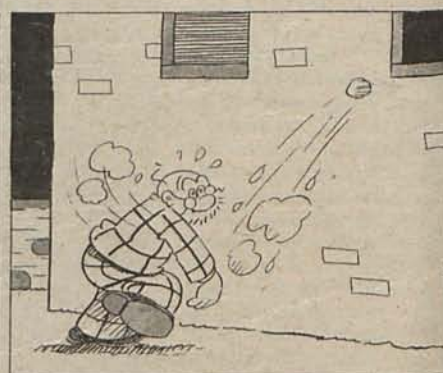
«Nuestro hombre cayó de pronto como del cielo sobre la terraza, y entró por la ventana: comía, bebía, se divertía como si a la puerta hubieran estado cantando alabanzas.

«De repente, como sin duda le fastidiaba el ruido, me dió un anillo, en el cual había grabados ciertos caracteres; yo entreabrí con cuidado la puerta y entregué este talismán al jefe de la policía. Al verlo, todos sintieron un terror espantoso, y se alejaron. Gracias a esto pudimos dormir tranquilos, como si nada hubiera sucedido.

(Continuará en el número próximo.)



VIRIATO ORTIZ, FRESCO Y BARBUDO



LOS DOS ESPECIEROS

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES



Ali y Mustafá, mercaderes del mismo barrio, no prosperaban gran cosa en su negocio.

Ali, por demasiado honrado, según decía Mustafá compasivamente.

Mustafá, en opinión de Ali, porque era un pillo de siete suelas.

No es que el negocio de las especias no diera para vivir decorosamente; pero Mustafá no se contentaba con sólo eso, y ansiaba enriquecerse cuanto antes, sin

reparar en medios.

¡Qué poco se parecía a Ali!

Ali, enemigo de sisas y de engaños, no era de esos comerciantes de conciencia adormecida que dan gato por liebre, roban en el peso o en la medida y no tienen escrúpulos con tal de que aumente la ganancia.

El buen Ali, de costumbres sencillas, no traspasaba nunca los límites de lo lícito. como tampoco sufría el que se le perjudicase en lo más mínimo, y aborrecía a las gentes de mala fe.

Al revés de Mustafá, tuno redomado, muy aficionado a lo ajeno, especialista en embustes y trapacerías, que siempre se quedaba con algo entre las uñas.

Una vez se disponía Ali a salir de viaje para vender una importante partida de azafrán.

Lo supo Mustafá, que poseía otra igual, y como los pícaros son muy aficionados a arrimarse a los hombres de bien, le propuso ir en su compañía y asociarse en la venta de la preciada flor.

Ali no opuso inconveniente y partieron juntos.

Llegaron a una rica ciudad y se enteraron con agradable sorpresa de que ni un hilillo de azafrán había en el mercado.

—Más vale llegar a tiempo, que rondar un año —exclamó Ali—. Aquí, sin ir más lejos, venderemos nuestra mercadería.

—Pues si quieren azafrán —respondió Mustafá— lo habrán de pagar a peso de oro. Hay que aprovechar las ocasiones.

—Ya sabes, Mustafá, que no me gustan los abusos. Lo daremos a un precio razonable.

—Si tal hiciéramos seríamos unos asnos.

—Pues si no eres de mi parecer, haz de lo tuyo lo que quieras, que yo no me apartaré de lo justo.

No pudieron avenirse y se repartieron el azafrán, quedándose cada cual con el suyo, muy bien empaquetado en sendos fardos.

Mustafá discurrió una treta de las suyas. Buscó a un ladrón de confianza, muy acreditado en su oficio, y le dijo:

—Si haces lo que te mande, te gratificaré con esplendidez; pero has de trabajar a conciencia.

—¿Y qué es lo que tú mandas? —replicó el ladrón.

—En la posada tenemos dos fardos de azafrán. El uno estará cubierto con un paño. De éste tomarás todo lo que puedas. El otro no lo tocarás. Te esperaré aquí mismo. Me darás el azafrán y te recompensaré con largueza.

—Me habrás de dar la mitad del género. Esa es aquí la tarifa de los ladrones a comisión. Si no te conviene lo robaré por mi cuenta.

Mustafá hubo de aceptar el trato; mientras, discurría la manera de que Ali no sospechara de él, pues corría el riesgo de ser molido a golpes.

Mustafá preparó las cosas de este modo:

Fue a la posada y cubrió cuidadosamente con un paño el azafrán de Ali.

Pretextó después que salía a tratar de negocios y se despidió de su compañero.

Ali reparó en que su fardo de azafrán estaba esmeradamente tapado con un paño de Mustafá, y pensó:

—El buen Mustafá ha tapado mi azafrán para preservarlo del polvo. No debo consentir que, por consideración a nuestra buena amistad, descuide su hacienda por la mía.

Tomó el paño y cubrió el azafrán de Mustafá con el mismo esmero que éste hizo con el suyo.

Después de esto se fue a dormir tranquilamente.

El ladrón, que acechaba en la sombra, entró sigilosamente y desbalijó el fardo cubierto con el paño.

Salió muy bien cargado; pero en vez de buscar a Mustafá, según lo convenido, mudó de parecer y cambió de ruta, acaso para evitar las enojosas discusiones que suelen acarrear las particiones; el caso es que se quedó con el producto íntegro del robo y Mustafá se quedó a la luna de Valencia.

Estuvo Mustafá aguardando hasta que perdió la paciencia, y conocido ya el engaño, se mesó las barbas por el poco fruto de la rapiña, y hubo de volverse a la posada, temeroso de la venganza de Ali, si olía la jugarreta.

¡Cuál no fue su sorpresa al comprobar que el azafrán robado era el suyo! No tuvo consuelo.

—Yo mismo he buscado al ladrón que me robaba. Ahora sí que merezco mil palos por asno.

Mustafá nunca supo quién cambió el paño de lugar. Se guardó bien de preguntarlo al enredo.

a Ali porque no descubriera. Liquidó a la chita callando el resto del género, con lo cual, en vez de la fabulosa ganancia que se prometía, apenas sacó para pagar los gastos de la posada.

A Ali le pagaron su azafrán a mayor precio del que pretendió.

Tened por cierto que siempre el que trata de engañar al prójimo, tarde o temprano cae en su propia trampa.

Esto sucede infaliblemente, no sólo en los cuentos, sino también en la realidad, y en Turquía como en todas partes.



EL BARON DE LA CASTAÑA

NUEVAS AVENTURAS

POLITICA

Después que el ejército del Norte hubo invadido todo el territorio del Sur picando en el anzuelo por mí preparado, comenzó a verse lo perfecto de mi plan y cómo sin librar batalla alguna destruía el poder del enemigo.

Ya conté cómo les sacaban el dinero los habitantes del Sur, valiéndose de todos los medios imaginables; mas no me bastaba su ruina económica y mi plan abarcaba también la destrucción de aquel poderoso ejército.

Al efecto, hice que toda la prensa del Sur entonase himnos de gloria a todos los soldados del Norte; bastaba con que uno de éstos diese un paso más hacia el Sur, o dijese una frase más alta que las otras, o sufriese una indigestión, para que en todos los periódicos lo trataran de héroe y todos mis partidarios le dirigiesen los más fervidos elogios.

El resultado no se hacía esperar; por de pronto, el Gobierno del Norte le concedía una cruz pensiónada y después lo ascendían, con lo cual el ejército enemigo perdía un soldado.

Esto repetido todos los días centenares de veces, iba produciendo el resultado apetecido. Poco a poco los regimientos iban quedando sin soldados; todo se volvían capitanes, comandantes, coroneles y generales, pero cada vez quedaban menos soldados.

El Estado Mayor del Norte quiso poner un límite a esto, pero ya era tarde; los nuevos generales no olvidaban a sus compañeros y aprovechaban la menor ocasión para ascenderlos. Ni que decir tiene en qué estado se encontraban las arcas del tesoro del Norte que, en lugar de unas docenas de pagas de generales, tenía que atender a más de un millón de éstos...

Era curioso ver a los regimientos salir a la calle: a los dos lados marchaban dos largas hileras de oficiales con el sable desenvainado, delante un verdadero escuadrón de jefes y generales a caballo y en medio los cuatro o cinco soldados que quedaban en el regimiento. A veces quedaba un solo músico de toda una banda y éste salía tocando lo más marcialmente posible su partitura, no importando si se trataba sólo del de los platillos o del triángulo. El público hacía apuestas para adivinar lo que tocaba, ya que esto era difícil saberlo, pues sólo se oían las notas del instrumento de vez en cuando.

Sin embargo, nosotros no cesábamos nuestra campaña e incesantemente cubríamos de gloria a los pocos soldados que restaban, y así los veíamos ascender rápidamente y cubrirse de cruces.

Al mes de nuestra campaña estuvimos a punto de cantar victoria; un día supimos que el ejército del Norte contaba con dos millones de generales y un solo soldado, un chico siberiano llamado López.

Como es natural, mis partidarios se lanzaron a enaltecer la persona del tal López, y en unos días lo pusieron que no había por dónde cogerlo.

El soldado López tenía mucho qué hacer, ya que era el asistente de los dos millones de generales, además ranchero y además primera línea del ejército; no tuvieron más remedio que descargarle de muchas obligaciones, pues no podía dar abasto.

Cierto día se le olvidó saludar a uno de los generales y fué mandado fusilar, pero salvó la vida gracias a dos cosas: una, que no había pelotón que lo ejecutase, y otra, que, al desaparecer López, quedaba destruido el ejército del Norte ya que quedaba sin un soldado.

Cuando se convencieron de esto, comenzaron a tratar con mucho mimo a su único soldado, y era emocionante ver con qué ternura aquellos generales acompañaban y dirigían los paseos militares del tal López.

Le hacían regalos, lo cuidaban, le daban permiso para pasearse y apenas le hacían hacer maniobras.

Nosotros estábamos asombrados de que no lo ascendiesen y fuesen varios nuestros elogios diarios.

Que el soldado López tosía fuerte, nosotros dedicábamos dos planas describiendo la gallardía con que había tosido y asegurando que había sido un reto valeroso a sus enemigos ocultos.

Que el tal López montaba en bicicleta, le atribuimos en seguida el propósito de invadir Europa y anexionarla al Norte de la China.

Que López ganaba un partido de damas (los generales que jugaban con él se dejaban ganar), pues nos bastaba para afirmar resueltamente sus dotes extraordinarias de general.

Pero de nada nos servía todo esto, López no ascendía.

Temíamos que los del Norte, dándose cuenta de que al ascender López quedaban sin

un soldado, se negasen a ello; pero después de mucho investigar supimos que no era esa la causa.

A López le habían ofrecido el grado de general varias veces, mas él siempre se negaba a dejar de ser soldado.

Pero lo que nos causó más asombro fué la causa por la cual el tal López se negaba a ascender; decía que no ascendía porque tenía vértigo, que una vez que ascendió al campanario de su pueblo a poco se cae por haberse visto acometido por ese mal, y desde entonces era inútil invitarle a ascender.

Fueron en vano todas las explicaciones y todas las promesas; López, pretextando el vértigo, se negó al ascenso, y nosotros no encontramos con que el ejército del Norte contaba aún con un soldado.

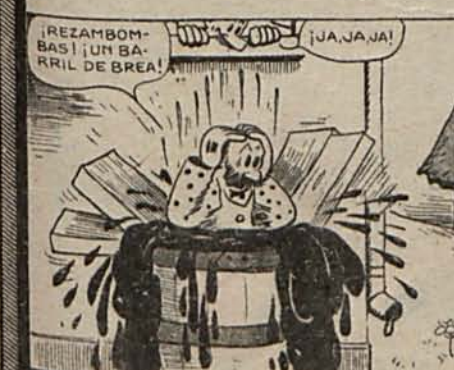
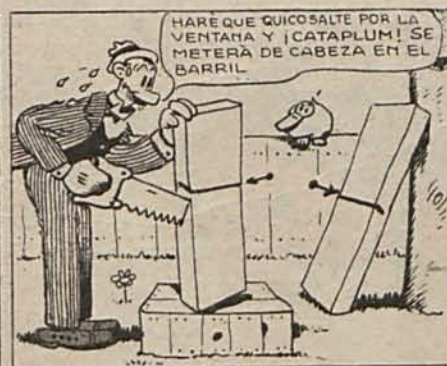
No había más remedio que recurrir a las armas.

EL BARON DE LA CASTAÑA.





DON CUCO Y DON QUIJO





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIEZO.



© 1926, by King Features Syndicate, Inc.
Cartoon Series rights reserved.

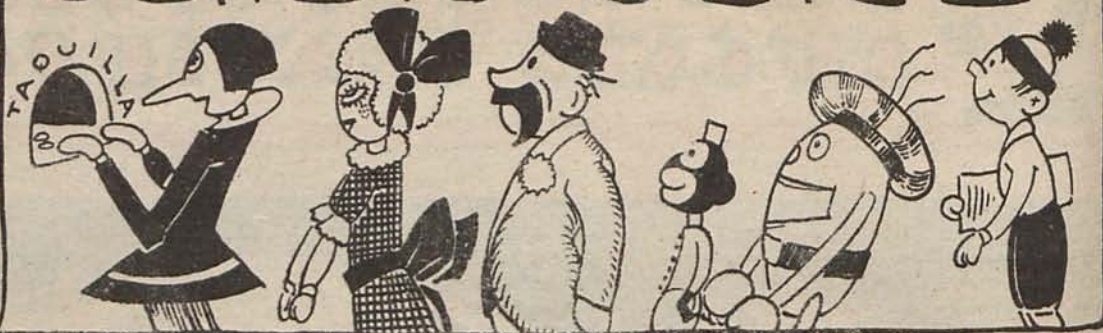
1-17 PAT SULLIVAN 12

PROGRAMA
PARA HOY

UN SECUESTRO EQUIVOCADO

Sensacional!

GRAN CINE



El joven Bob Smithers iba silbando alegremente por una carretera solitaria y se detuvo ante la puerta de una finca.

Nadie, al ver la cara sonriente y pecosa de Bob, coronada por un mechón de cabellos color zanahoria, hubiera dicho que era uno de los detectives más hábiles del país, y sin embargo, lo era. Ayudante del famoso Paddy O'Darrell, ya se sabía que si éste erraba una pista, Bob la encontraba.

Al ver la puerta, cesó de silbar; al otro lado de ella veíase un bosque espeso y oscuro, atravesado por un camino particular.

—Me figuro que ese camino es el que lleva al castillo de Reclon, y si es así, ha terminado mi jornada. Como Paddy no tardará en llegar, seguiremos adelante.

Y al decir esto, dió una carrera para subirse a los hierros de la verja y saltó al otro lado.

Bob venía a este apartado lugar de Malbury Downs andando cuatro kilómetros desde la próxima estación del ferrocarril, pues habían sido llamados urgentemente para que fueran a ver al dueño del castillo, un señor muy rico, llamado Roger Barkley, para un asunto muy importante, aunque no habían especificado de qué se trataba.

Hallándose el detective muy ocupado en el momento de recibir el aviso, envió delante a Bob, a enterarse de para qué lo quería Mr. Barkley y para decirle que no tardaría él en ir. Apenas había andado Bob doscientos metros por aquel camino en que los árboles formaban un túnel, dejándolo casi a oscuras, cuando de detrás del tronco de una encina salieron dos hombres; volvióse el muchacho vivamente al oír el ruido de las pisadas, y por el aspecto hostil de sus rostros comprendió las intenciones que llevaban y no le cupo duda de que eran malhechores. Uno de ellos era grueso y pequeño, y con una barba tan crecida, que parecía no haberla afeitado desde hacía varios meses; iba descubier- to, con el pelo tan rapado, como si las tijeras de algún presidio hubieran pasado por él recientemente; tenía los ojos pequeños y penetrantes y le brillaron con fiereza al fijarse en el detective.

El otro era un tipo completamente opuesto. Alto, con buena figura y bien vestido; era moreno, con bigote pequeño y negro, que le daba una expresión un poco siniestra. Lo mismo que su compañero, parecía dispuesto a cometer cualquier fechoría.

—¡Eh! ¿Qué quieren ustedes? —preguntó Bob, retrocediendo con los puños preparados.

—¡Te queremos a ti, jovencito! —replicó el más alto, que se llamaba Rufus, avanzando amenazadoramente hacia Bob.

El otro, que se llamaba Barney Cross, añadió:

—Y si nos das que hacer, tanto peor para ti.

—No tengo el gusto de conocerlos ni lo desco tampoco; por lo tanto, ya os estáis alargando —replicó Bob friamente.

Y retrocediendo, apretó a correr en dirección a la casa; pero Rufus, que estaba prevenido, le cortó el paso a Bob con la rapidez de una pantera.

El muchacho dió un salto atrás para evitar los brazos de Rufus que querían cogerlo, pero al mismo tiempo Barney saltó sobre él, por detrás, y Bob cayó de rodillas; Rufus tropezó en él, y sin poder impedirlo, hizo también caer rodando a su compañero.

—¡Que el diablo te lleve por animal! —exclamó Rufus, poniéndose en pie con sorprendente agilidad.

Bob se echó a reír, haciéndose a un lado.

—¡Ja, ja, ja! ¡Lo habéis hecho muy mal! ¿No sabéis más tretas que esa?

—Ya te daré yo las tretas cuando te coja —rugió el del bigote, tratando de alcanzarle con las manos.

Pero éste lo evitó, sólo por unos centímetros, y pasando por delante de Barney, se internó en el bosque.

—¡Hay que cogerle, Barney! ¡Que no se nos escape del bosque! Vete tú por el otro lado, y a ver si lo acorralamos!

Esto era más fácil de decir que de hacer, y nunca lo hubieran logrado, a no ser porque Bob tropezó en las raíces de un árbol, que estaban ocultas por un montón de hojas secas.

Barney estaba ya casi encima de él, cuando el muchacho se levantó, burlándole alrededor de un árbol muy grueso; en su rabia, Barney quiso darle un golpe, pero lo único que consiguió fué dar con las rodillas contra el tronco.

—¡Deja que te pesque!

—¡Vas a tener que esperar mucho tiempo!

Durante algunos momentos Bob y Barney corrieron uno detrás del otro alrededor del árbol; entonces acudió Blake y el muchacho tuvo que huir, ocultándose detrás de otro árbol, por el cual subió trepando. Como a unos diez pies del suelo salía una rama y Bob trepó por ella tan rápidamente que no le hubieran visto a no ser porque unos cuantos pájaros, que estaban en la rama, huyeron alarmados, descubriendo su escondrijo.

—¡Ahora sí que le hemos cogido! —exclamó Blake, sonriendo por primera vez con expresión maligna.

—Si tuviera unas cuantas piedras le haría bajar a escape —gruñó Barney.

—¿De veras? Eres muy amable —exclamó Bob al verse descubier- to. Apostaría a que subido a un árbol te confundirían con un mono.

—¡Quédate tú aquí abajo y yo subiré a cogerle —murmuró Blake—; si me veo obligado a tirarlo del árbol cuida de cogerlo para que no se lastime; no debemos causarle daño en manera alguna.

¿Entiendes?

—Ya entiendo.

Rufus se encaramó en el árbol con la agilidad de un acróbata. Bob, sentado a horcajadas en la rama, balanceaba las piernas observando atentamente los movimientos del malhechor. Aunque no tenía arma ninguna con que defenderse, se dió maña para arrancar una rama que se mecía en el aire.

—¡Si avanzas un paso más, te pruebo esta rama en las costillas! —le dijo.

—¡Si de todos modos has de caer en mis manos!

¿Por qué no te entregas?

—silbó Blake, avanzando a lo largo de la rama. Al mismo tiempo que él avan-

zaba, Bob se iba retirando, hasta que llegó al extremo de la rama; pero ésta no pudo soportar aquel peso y se partió con un chasquido, cayendo Bob al suelo. Hubiera tenido una mala caída a no ser porque Barney estaba debajo sin sospechar que la rama se iba a romper, y el muchacho cayó encima de su cabeza. Barney se desplomó al suelo dando un grito de dolor. Bob se puso en pie de un salto y apretó a correr; pero Blake la emprendió detrás de él. Al llegar a un claro del bosque, en donde había un tendejón viejo, Bob trepó por uno de los postes que sujetaban el tejado y se encaramó encima de él. Desde allí miró a sus perseguidores con una mueca de burla.

—¿Quién es el que se atreve a subir aquí para que yo le tire?

Blake no le contestó, considerándole ya una presa fácil. Habló en voz baja a Barney y empezó a trepar al tejado. Barney hizo lo mismo por el otro lado, y por un momento Bob los perdió de vista. En tanto se pertrechó de unas cuantas tejas que estaban sueltas, y al aparecer la cabeza de Barney por encima del tejado le arrojó una de ellas que fué a dar en una esquina. Barney, alarmado, soltó las manos y cayó al suelo.

—¡Ja, ja, ja! —exclamó Bob al volverse y ver por el otro lado a Blake; tiróle otra teja, que le dió en medio del pecho. Este intentó retroceder y Bob oyó un golpe seco producido por él al caer en el suelo.

Los dos malhechores rodeaban la choza para que Bob no pudiera bajar; pero el detective los bombardeaba con tejas. De repente el techo crugió, hundiéndose bajo el peso de Bob que se vino abajo entre un montón de tejas, yeso y polvo.



—¡Ahora sí que le hemos cogido! —gritó Blake, corriendo hacia la puerta.
Y así era efectivamente, porque el valiente muchacho yacía entre ellos sin conocimiento.

El castillo de Marshmoor.

Dos horas más tarde presentábase Paddy O Darrell en el castillo de Redlone y llamaba a la puerta; llevaba consigo un hermoso perro llamado *Traller*. Acudió un criado a abrir y al enterarse de quién era, le hizo pasar a un despacho, muy bien amueblado, en el cual estaba sentado un señor de mediana edad, con expresión de disgusto. El perro se quedó fuera.

Después de los saludos de rúbrica, Mr. Barkley, dijo:

—Me alegro de que haya usted venido tan pronto, y cuando oiga la historia que le voy a contar no dirá que ha perdido el tiempo en venir aquí.

—Usted dispense, Mr. Barkley —dijo Paddy mirando en torno suyo—; pero yo esperaba encontrar aquí a mi ayudante. ¿Es que le ha contado usted el caso y está haciendo alguna investigación?

—¿Su ayudante? No, no ha estado aquí; espere usted un momento que vamos a preguntar.

Llamó al timbre y a sus preguntas contestáronle los criados que nadie había estado allí aquella mañana.

—Es extraño

—pensó Paddy—,

sin duda Bob se

perdió..., porque

este no es un sitio

muy fácil de en-

contrar. Con que

dígame usted lo

que le sucede,

Mr. Barkley.

—Pues que te-

mo mucho que

secuestren a mi

único hijo, Cyril,

un muchacho que

tiene quince años

de edad. Esta se-

mana, dos veces

he recibido aviso,

por teléfono, di-

ciéndome que si

no entregaba una

determinada can-

tidad en brillan-

tes harían des-

aparecer a mi hijo.

—¿Y por que

eso de los brillan-

tes, Mr. Barkley?

—Porque todo

el mundo sabe

por aquí que yo

poseo una colec-

ción de hermosos

brillantes. Por su-

puesto que yo he

contestado a la

atrevida amenaza

diciendo que no

pensaba hacerlo,

ni mucho menos; y he enviado a llamarle a usted,

haber si puede evitarlo.

—Y lo evitaré —dijo Paddy—, sí...

El teléfono, que estaba encima de la mesa de Mr. Barkley, em-

pizó a sonar, y éste se levantó para contestar a la llamada. Una ex-

presión de intenso asombro se dibujó en su rostro, y poniendo

una mano sobre el receptor para que no le oyesen, murmuró a

Paddy:

—¡Es asombroso! El que me habla es el bribón que amenazó con

secuestrar a Cyril, que dice que lo ha capturado hace dos horas,

que lo tiene en un lugar seguro y que quiere brillantes por valor de

diez mil libras por su rescate.

Mientras hablaba Mr. Barkley, se oía en el jardín la voz de un

muchacho que alborotaba jugando. Paddy se asomó al balcón y vió,

efectivamente, a un muchacho jugando con un perro.

—Y lo absurdo de todo esto es que Cyril está ahí fuera en el

jardín —añadió Mr. Barkley.

—Dígame usted al que habla que está conforme con las condicio-

nes y que le digan adónde tiene usted que llevar las joyas —sugie-

rió Paddy.

—Pero... —protestó Barkley.

—¡Haga usted el favor de obedecerme! —se apresuró a decir

Paddy.

Mr. Barkley volvió a hablar, y en seguida colgó el receptor.

—Dice que las joyas ha de llevarlas una sola persona a la cripta

del castillo de Marshmoor, unas ruinas que hay a cuatro kilómetros

de aquí.

—¿A qué hora?

—Esta noche a las doce.

—Quizá encuentre allí a mi ayudante.

—¿A su ayudante?

—Sí; es indudable que han secuestrado a Bob tomándolo por su hijo; es una cosa así como él de figura y de cara, y hasta tiene el pelo también azafranado.

—¡Nunca lo hubiera pensado! ¡De buena se ha librado Cyril!..., aunque claro es que lo siento por su ayudante. Pues, sí, señor, lle-

varé las joyas.

—No crea usted que yo voy a permitir que esos pillos se lleven

sus brillantes —replicó Paddy sonriendo—. Dígame usted el sitio

exacto donde está el castillo.

—Yo mismo iré con usted para enseñarle el camino.

—No; no debe usted hacer semejante cosa, porque la condición

es que vaya una sola persona, y por el momento debemos obedecerlo.

Aquella noche, al dar las doce, entraba Paddy en las ruinas del antiguo castillo de Marshmoor. Era una noche de luna llena y las paredes medio derruidas proyectaban sombras téticas. El detective atravesó el patio, que estaba silencioso y fúnebre y del cual partían unas escaleras cubiertas de musgo, para bajar a los subterráneos. Allá abajo la oscuridad era absoluta; pero al fin Paddy, ayudado de su linterna, encontró el camino de la cripta. Iba mirando

alrededor suyo,

pero no se veía

persona alguna,

ni señales de que

nadie estuviese

esperando. De re-

pente una voz me-

drosa dijo:

—¡Pon los dia-

mates encima de

la piedra que está

marcada con una

cruz y después re-

tirate!

El detective, sin

demostrar la sor-

presa que acaba-

ba de llevarse, si-

guió avanzando

hasta encontrar

una losa que tenía

marcada una cruz

con cal, y encima

de ella depositó

una bolsita de

cuerdo que llevaba

en el bolsillo. En

seguida retroce-

dió, e inmediata-

mente basculó la

losa desapare-

ciendo la bolsita.

De un salto se

plantó el detecti-

ve al lado de la

losa, y antes de

que ésta tuviera

tiempo de poner-

se en su primitiva

posición, se dejó

caer por el agu-

jero.

Fué a caer delante de un sujeto que vió a la escasa luz de una vela que había un poco más allá.

Paddy se puso a luchar con él, pero cuando consiguió derribarlo al suelo salió otro de entre las sombras, le atacó por detrás y aunque el detective peleó con toda su fuerza, tuvo que darse por vencido.

De pronto, llegó corriendo un muchacho que traía una tabla en las manos con la cual derribó a uno de los contrarios de Paddy. Este pronto dió buena cuenta del otro y ambos fueron desposados juntos.

—No me explico cómo ha llegado usted hasta aquí, jefe —excla-

mó Bob, sonriendo—. A mí me han traído prisionero ese par de tu-

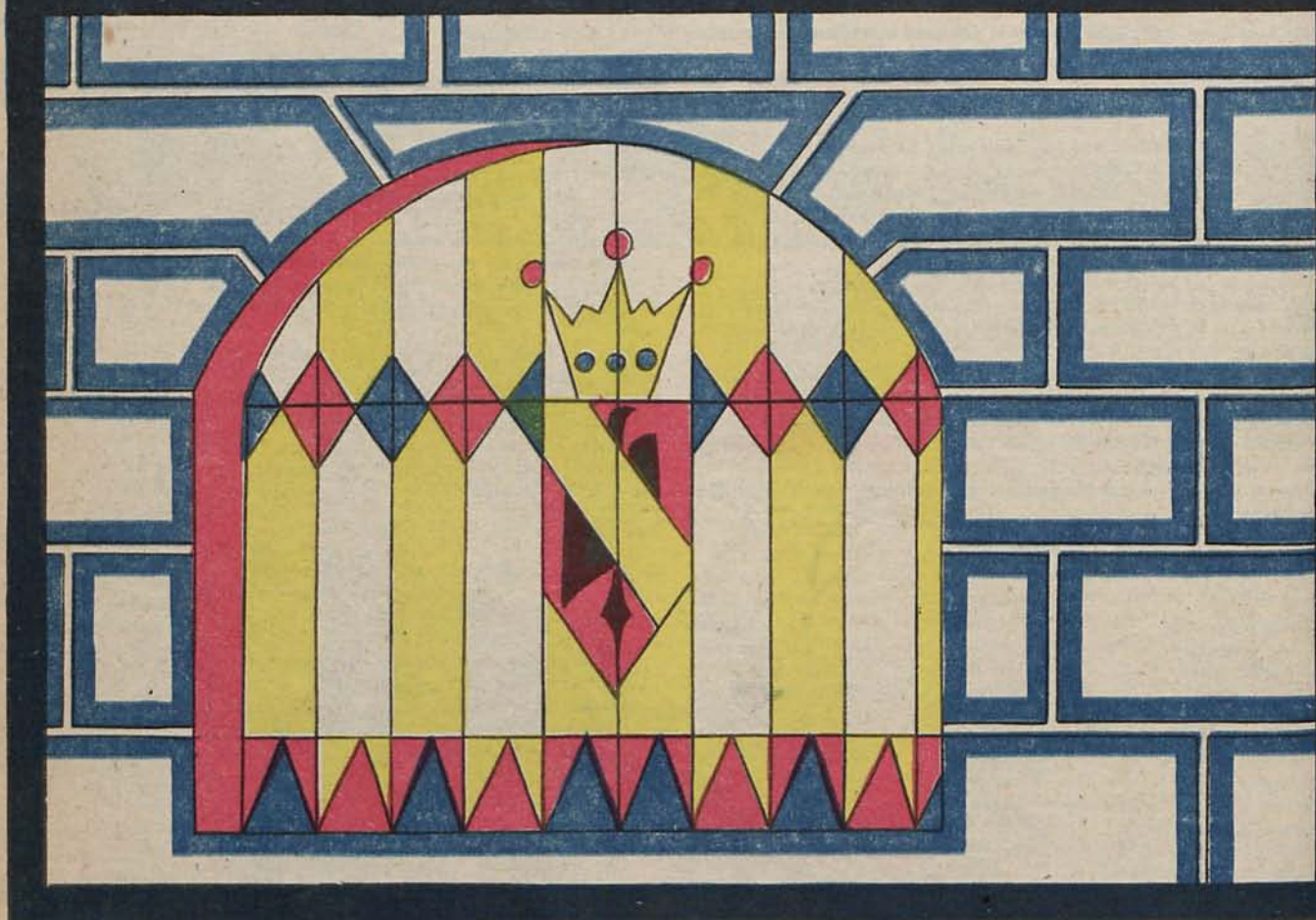
nantes, pero escapé al sentir que estaban peleándose con alguien.

Y gracias a que has llegado a tiempo, Bob.

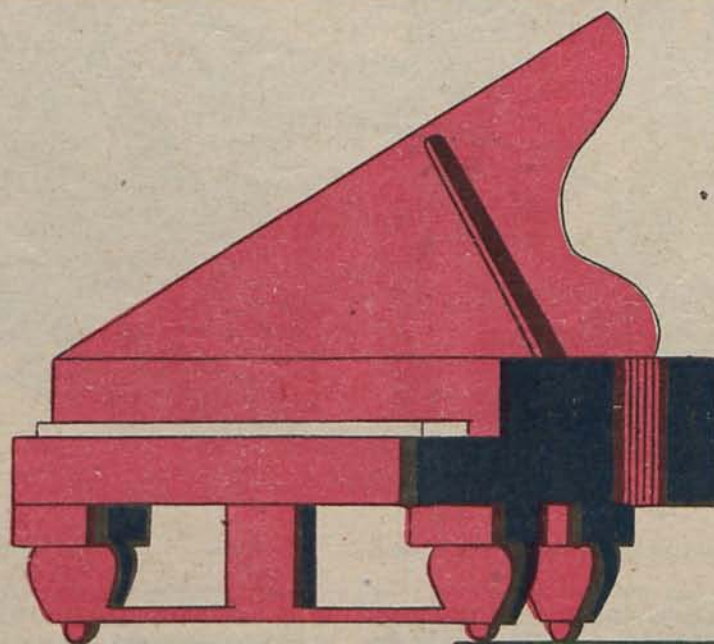
Y el detective le contó todo lo sucedido.

El disgusto de Rufus Blake y Barney Cross, al enterarse de que habían secuestrado equivocadamente a otro, fué grande; pero les quedaron cinco años para arrepentirse, pues de cinco años fué la pena que les impuso el juez.



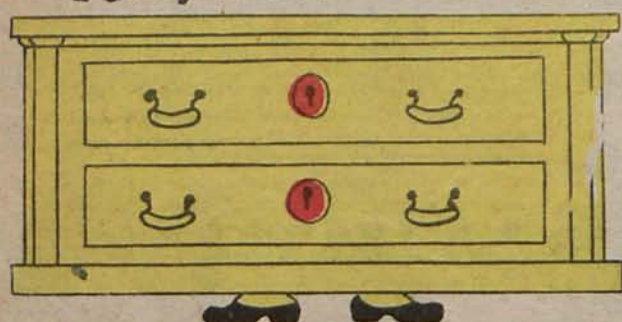


Catifurcio Reloj

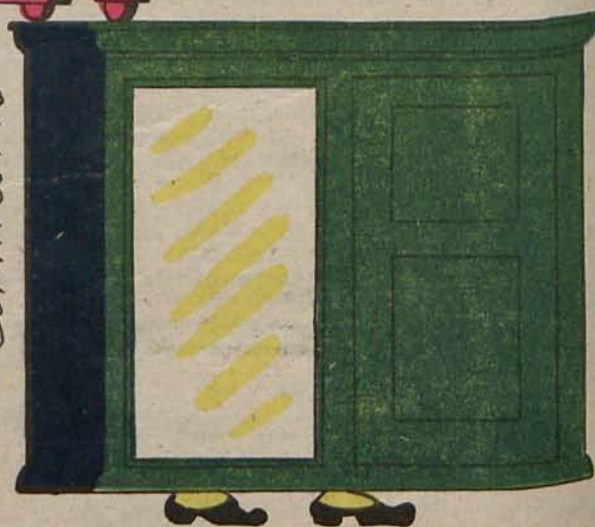


Catifurcio Piano de cola

Catifurcio Cómoda



Catifurcio Armario



EL TEATRO DE PINOCHO

MATARILE, RILE, RILE

COMEDIA EN TRES ACTOS

(Continuación.)

P. CANG. ¿Cómo es eso?
R. CANG. Sí, hijo mío. Con una niña, todos los peligros de que te quieran rodear tus enemigos, serán débiles. Así está acordado en el último congreso de Magos de tierra, mar, aire y subterráneos. Contra una niña, nada pueden las más terribles venganzas que unos magos nos debemos a otros.
P. CANG. Entonces, con una niña, yo puedo convertirme en hombre, y subir... ¿no? Mis enemigos se tendrán que aguantar...
R. CANG. Sí, pero no podrás separarte de ella, por su compañía es lo que te defiende de todo. Ya lo sabes. ¿No es esto lo que querías saber?
P. CANG. ¡Y más de lo que quería saber!... ¡Angelita! ¡Angelita!
R. CANG. ¿A quién llamas?
P. CANG. Ahora verás...
ANGELIT. (Saliendo de su escondite.) ¿Me llamaba usted?
R. CANG. ¡Una niña! ¡Y preciosas!
P. CANG. Sí, te llamaba. ¿Quieres casarte conmigo, Angelita? ¡Yo te quiero, y te necesito para subir a tierra!... Soy el hijo del Mago Rey Cangrejo. Todas las riquezas del fondo del mar me pertenecen... Hasta los peces más pequeños, obedecen mis órdenes... ¿Quieres casarte conmigo?
ANGELIT. No sé... Yo no sé...
P. CANG. ¿Tú consientes, padre, en esta boda? ¿Consientes en hacer mi felicidad?
R. CANG. Consiento, hijo mío, si tu felicidad es esa. Me costará una guerra con el rey Medúso, pero no importaz.
P. CANG. Gracias, padre.
R. CANG. ¿Y cómo ha llegado hasta aquí esta niña?
P. CANG. ¡El cielo me la envía!
R. CANG. ¿Cómo has podido llegar al fondo del mar sin ahogarte?
ANGELIT. Me ha mandado un señor para que le busque unas llaves...
P. CANG. ¿Catifurcio?
P. CANG. ¿Las llaves?
ANGELIT. Sí, yo no sé cómo se llama. Yo no le conozco. Me dijo que no me pasaría nada...
VOZ DE CATIFURCIO. Angelita, sube. ¿Qué haces? ¡Sube, si tienes las llaves!
ANGELIT. Ese es. Dice que suba.
P. CANG. Pero tú no subirás, ¿verdad?
ANGELIT. ¿Qué voy a hacer?
P. CANG. ¿No quieres casarte conmigo?...
ANGELIT. Yo sí... pero es que... ¡estar siempre debajo del agua!...
P. CANG. Subiremos a tierra siempre que quieras...
ANGELIT. ¿Y mis papás? ¿Qué va a ser de mis papás?
P. CANG. Iremos a verlos con frecuencia, y los protegeremos, si es que no quieren venir a vivir con nosotros...
ANGELIT. Temo que no. ¡Papá tiene reuma!...
VOZ DE CATIFURCIO. Sube, Angelita. Que ya es muy tarde. Sube.
ANGELIT. ¡Ya voy!
P. CANG. ¿Te vas, entonces?
ANGELIT. No sé qué hacer...
R. CANG. ¡Quédate, hermosa niña! Mi hijo enfermará de pena si no te quedas. ¡Quédate! Yo te haré construir el más bello palacio de nácar... Las ondinas serán tu servidumbre...
P. CANG. ¡Quédate!...
V. CATIF. ¡Sube! ¡Sube!
ANGELIT. Yo me quedaría...; pero ese señor de arriba está tirando de la cuerda...
(En efecto, la cuerda tira de Angelita y la sube hasta hacerla desaparecer.)
ANGELIT. ¡Ay, ay! ¡Que tira de la cuerda, y yo me quiero quedar!
P. CANG. ¿Quieres quedarte?
ANGELIT. (Ya desapareciendo en lo alto.) Sí, sí. Me quiero quedar...
P. CANG. ¡Capitán de peces-espadas, rompe la cuerda con tu espada!
(Vuelve a caer Angelita.)
ANGELIT. ¡Aquí otra vez!
P. CANG. ¡Aquí para siempre!
V. CATIF. ¿Qué ha pasado, Angelita? ¿Se ha roto la cuerda? ¿Dónde están las llaves? ¡Ah, mago Cangrejo, esto es cosa tuya, como si lo vieras!
R. CANG. ¡Sí, señor, que es cosa mía! ¿Qué pasa?
V. CATIF. ¡Que me las pagarás todas juntas!

TELÓN

ACTO TERCERO

La escena en una sala suntuosa del castillo del mago Catifurcio, cuyas llaves ya sabemos que fueron perdidas en el fondo del mar. Aparece en escena Catifurcio disfrazado de reloj de pared.

CATIFURCIO-RELOJ DE PARED. Les parecerá a ustedes muy extraño

verme así disfrazado. Soy el mago Catifurcio, como ustedes han podido observar, y he tenido que adoptar esta forma para entrar en mi castillo, del que se han apropiado unos señores a quienes no tengo el gusto de conocer. Ustedes dirán que cómo me he dejado quitar lo que es mío, y muy mío. Pues ni yo mismo lo sé a ciencia cierta, ni he podido hacer nada en contra. Estaba yo muy preocupado con la desaparición de esa niña Angelita, a la que hice descender al fondo del mar en busca de mis llaves, cuando de la noche a la mañana veo que están abiertas las ventanas de mi castillo, y que hay una señora asomada, sacudiendo las alfombras. Yo, como soy mago, pude, naturalmente, convertirme en león y devorar a esa señora. Pero resulta que tengo que dormir en los bancos de los paseos por no tener las llaves de mi casa, pues me han robado el primer tomo de las «Fórmulas mágicas de bolsillo». Por lo tanto, como tengo tan mala memoria, no he podido convertirme en ningún bicho o fiera salvaje, y me tengo que contentar con las fórmulas del tomo segundo, que es el que me queda. Por lo tanto, no me puedo convertir más que en mesa, en armario, en bastón, en paraguas, en reloj o en tricorno de la Guardia civil... Y como le iba a ustedes diciendo..., pero me parece que viene gente... Me pegaré a la pared. Quiero oír lo que diga esta gente, para saber cómo han conseguido las llaves de mi casa. Porque, claro, yo los llevé a la comisaría, diciendo que me habían robado mi castillo; pero como ellos tenían las llaves y yo no tenía ningún título de propiedad, perdí el pleito... Aquí llegan... A mi sitio.

(Entran el padre, la madre y el comisario.)

LA MADRE. Pase usted, señor comisario. Pase usted.

EL PADRE. ¿Nos trae usted alguna buena noticia?

EL COMISARIO. Ninguna, amigos míos. Su hija, Angelita, no aparece por ninguna parte.

MADRE. ¡Pobre hijita mía!

COMISA. Las últimas declaraciones obtenidas son las de sus amiguitas de colegio, que han dicho que un señor la echó al mar, diciéndola que no se ahogaba.

PADRE. ¡Qué infame!

COMISA. Tengo todas las señas personales de ese individuo. Me parece que se trata del mismo señor que les disputó a ustedes la posesión de este castillo...

MADRE. ¿Como yo lo encuentre!

COMISA. Deje usted, señora, que como lo encuentre yo, se va a divertir... Ya me tiene dadas muchas horas malas, y como me de otra hora...

C. RELOJ. ¡Tan! ¡Tan!

MADRE. ¡Las dos!

PADRE. ¡Otra hora que pasa sin recuperar a nuestra hija! ¡Maldito reloj! ¡Como des una hora más y no esté ella aquí, te hago pedazos! ¡No quiero que me recuerdes por más tiempo las horas que pasan!

C. RELOJ. (Aparte.) ¡Caray! ¡Esto se pone leal! Me tendré que buscar otro disfraz. ¡Lo que es a mí, no me hace pedazos este señor! (Se marcha para volver pronto.)

PADRE. Según eso, ¿usted cree que nuestra hija se ha ahogado?

COMISA. Siento tener que decirselo a ustedes, pero yo eso creo.

MADRE. Pues yo, señor comisario. Yo tengo la seguridad de que mi hija vive, pero que está presa de algún encantamiento.

COMISA. Quizá yo esté equivocado...

(Aparece Catifurcio disfrazado de cómoda.)

CATIFURCIO-CÓMODA. (Aparte.) Aquí estoy otra vez. Yo no pierdo una palabra de todo lo que digan estos señores.

MADRE. Le diré a usted... Desde que mi hija desapareció, nos suceden cosas muy extrañas. Sólo de ella pueden venir.

PADRE. Eso es verdad.

COMISA. ¿Qué cosas son esas?

MADRE. El mismo día recibimos un papel en que había un letrado escrito: «Comprad ostras en la pescadería de Mariano Fernández. Son las mejores». Nosotros, como usted comprenderá, no teníamos dinero para comprar ostras, que están tan caras. Ibamos a romper el anuncio, cuando el papel se fué convirtiendo en un billete de cinco duros.

COMISA. ¡Es asombroso!

C. COM. (Aparte.) Hola, hola. Esto me interesa.

PADRE. Como usted comprenderá, nos apresuramos a comprar las ostras, seguros de que se trataba de algo providencial. Compramos una docena, y ¡cuál no sería nuestro asombro cuando al abrirlas, nos encontramos en cada una una perla magnífica!

COMISA. ¿Perlas, dice usted?

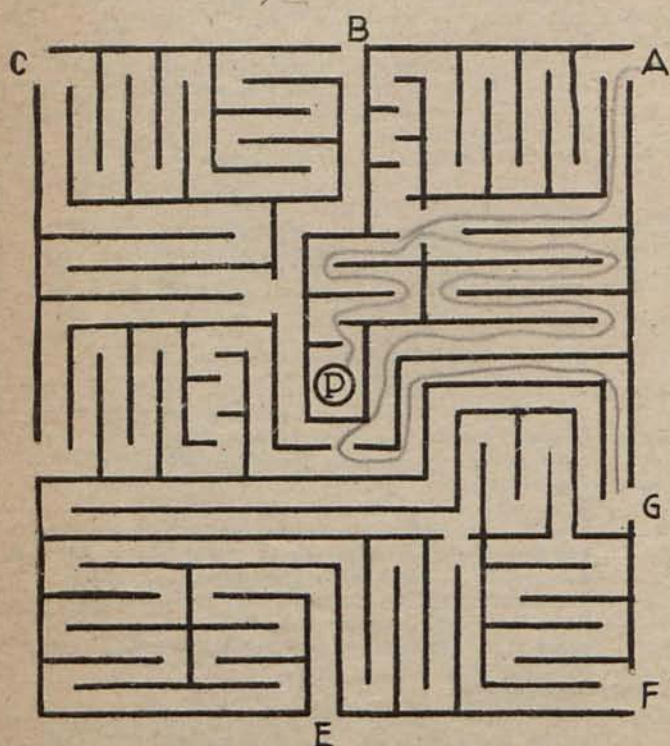
(Continuará en el número próximo.)

CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DE MATANZA



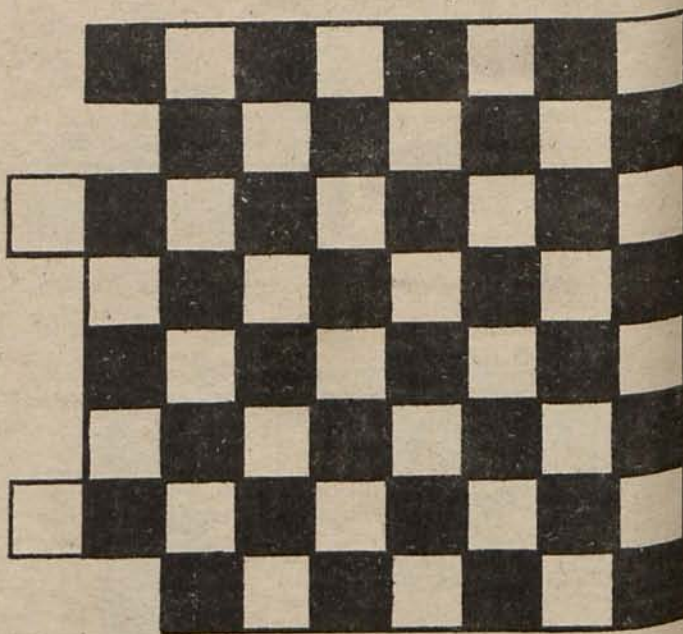
Pues, señor: Una vez en un pueblo ocurrió que, llegado el tiempo de Pascuas, una vecina llamada Ursula, se decidió a matar el cerdito que para el caso estuvo cebando todo el año. Como no se atrevía a matarlo ella, llamó a un carnicero para que lo hiciera. No bien hubo llegado el carnicero, cuando el cerdo, *oliéndose* lo que iban a hacer con él, se escondió, y el carnicero, después de dar varias vueltas buscando a la víctima, se perdió de tal manera, que la pobre doña Ursula, por más que buscó, no encontró ni al cerdo ni al matarife. ¿Sabréis vosotros decirme dónde se hallan?

LABERINTO



Este laberinto, como veis, tiene siete puertas, señaladas con las letras A, B, C, D, E, F y G y una plazoleta, o fin del recorrido, marcada con un redondel y la letra P.—La solución consiste en indicar cuál es el recorrido más corto desde cualquier puerta hasta la plazoleta, o centro del laberinto.

EL TABLERO DE AJEDREZ



En este dibujo tenéis los cuadritos blancos y negros suficientes para construir con ellos un tablero de ajedrez. A primera vista parece sencillo, ¿verdad? Pero cuando os pongáis a hacerlo no os lo parecerá tanto. Se trata de dividir el dibujo en dos trozos. ¡Sólo dos! Si lo dividís en más no vale, y con estos dos trozos construir el tablero que tendrá ocho cuadritos, cuatro blancos y cuatro negros, por cada uno de sus lados. ¿Qué forma tendrán estos trozos? Para resolverlo calcad el dibujo sobre otro papel, pues tendréis necesidad de cortarlo varias veces hasta acertar

COLABORACION PINOCHISTA

HISTORIETAS

El blanco de Pipiola.



El pielroja «Tarro de Lata», para dar un susto a Pipiola, se metió dentro de un árbol hueco.



Llegó Pipiola, vió el árbol que «Tarro de Lata» había puesto de pie, y fijándose en un nudo, hizo un excelente blanco.



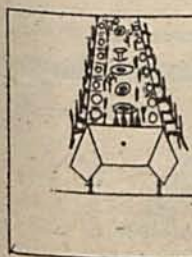
Mas como el nudo tenía un agujero la flecha se clavó en el... de «Tarro de Lata»...



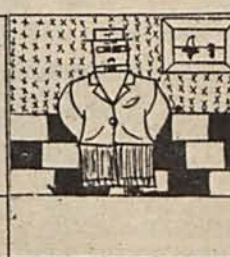
Y por efecto del dolor, el árbol se puso en movimiento. Pipiola volvió a disparar su arco, clavando otra flecha en la parte más carnosa de «Tarro de Lata».

EDMUNDO E. BLANCHET.—Trece años. República Argentina.

Don Cleto o el pavo de Luis Peto.



Pepe Luis Peto Delgado tuvo una vez convidados.



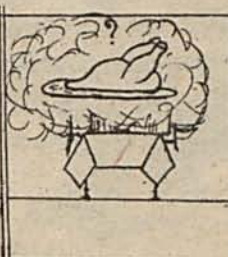
De camarero servía don Rufo Cleto aquel día.



A cada paso el amo decía si traer el pavo podía.



Tanto y tanto hablaron que los demás se enteraron.



Y se reservaron los convidados para comer el sabroso alaído.



Y era que un pavo se cebaba con lo que los demás tiraban.

ANTONIO FIGUEROA.—Catorce años. Huelva.

Don Panzudo Barrigón, cazador por afición.



Don Panzudo Barrigón da a su perro una lección.



De repente queda helado, pues ve una fiera a su lado.



Tira la cuerda; de suerte que a la fiera le da muerte.



Pero se queda aterrado al ver que es un hombre disfrazado.

CRISTÓBAL MENÉNDEZ COTRAN.—Doce años. Gijón.

La «toilette» de un torero.



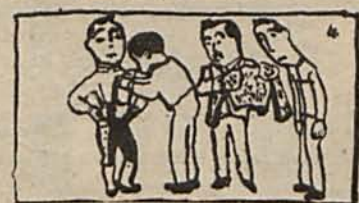
Una hora para hacerle la trenza.



Media, para calzarle las zapatillas.



Otra hora ciñéndole la faja.



Mucho tiempo perfilándole el nudo de la corbata.



Una eternidad arreglándole los alamares de la chaquetilla.



Dos eternidades para despedirse y... a veces, un minuto para desnudarle el toro.

MARÍA HALCÓN.—Doce años. Sevilla.

La ducha de doña Pepa.



Estaban jugando Juan y Pepe con un balón.



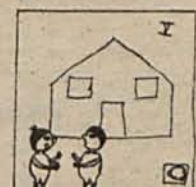
Pero al darle una patada cayó en el balcón de doña Pepa.



Quien con muy malas pulgas juró castigarlos.



Y le dió a Juan una morrocotuda ducha.



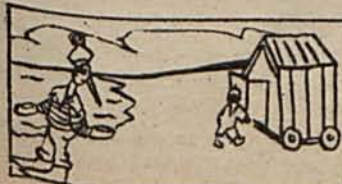
Pero ellos pensaron vengarse de doña Pepa.



Y cuando salió, una lluvia fenomenal cayó sobre ella.

ENCARNACIÓN MATRO.—Trece años. Valladolid.

Pinocho, nadador (historieta muda).



MARÍA LUISA VALCÁRCEL.—Doce años. Madrid.

Regalos mensuales a los suscritores.

Todos los meses sorteamos exclusivamente entre nuestros suscritores los cinco premios siguientes:

- Primero...** 25 pesetas en dinero efectivo.
Segundo... 15 pesetas en libros de Cuentos de Calleja.
Tercero... 10 pesetas en libros de Cuentos de Calleja.
Cuarto.... 5 pesetas en libros de Cuentos de Calleja.
Quinto.... 3 pesetas en libros de Cuentos de Calleja.

LOS SUSCRITORES PREMIADOS EN LOS MESES DE MARZO Y ABRIL

LOS PREMIOS DE MARZO HAN CORRESPONDIDO A

la Srta. Nieves Montoya, Vitoria, el primero.
D. Manuel Trujillano Arana, Bilbao, el segundo.
D. Celso Barrutia, Cazorla, el tercero.
D. Manuel Saavedra, Badajoz, el cuarto.
la Srta. Sarita Alonso Pimentel, Valladolid, el quinto.

LOS PREMIOS DE ABRIL HAN CORRESPONDIDO A

la Srta. María del Pilar Gallo, Santander, el primero.
la Srta. Amelia Rufino, Gandia, el segundo.
D. Carlos Marcos, Cangas de Tineo, el tercero.
la Srta. Amelia Aranda Sins, Zaragoza, el cuarto.
D. Mauro Alonso, Vigo, el quinto.

En el número 63 publicaré los nombres de los Pinochistas a quienes correspondan los premios de mayo.

Fallo del Jurado del Concurso de chistes, dibujos, cuentos e historietas del mes de febrero, correspondiente a los números 51, 52, 53 y 54 de PINOCHO.

Pinocho ha mirado y remirado con hondo y vivísimo interés los chistes, los dibujos, los cuentos y las historietas, publicados en los cuatro números del mes de febrero y, después de un examen detenidísimo, ha adjudicado los premios, consistentes éstos en un cuento de Calleja en colores y un gran diploma, a los siguientes Pinochistas:

DIBUJOS

Leonardo Villenas, 8 años.—Un castillo de la Edad Media. (Publicado en el núm. 52).
José Luis Herrero, 13 años, Santander.—Casa de labor. (Publicado en el núm. 51).

CUENTO

P. Trigo, 12 años, Valencia.—La astucia de un elefante. (Publicado en el núm. 52).

CHISTES

Alvaro García de Pineda, 8 años, Guadalajara.—(Publicado en el núm. 51).
Francisco González Blanco, 14 años.—(Publicado en el número 51).

HISTORIETA

Lolita Gómez, 13 años.—(Publicada en el núm. 54).

MENTIONES HONORÍFICAS

Pinocho, generoso como siempre, grande y magnánimo, ha decidido que los Pinochistas que obtengan mención honorífica por sus bellos trabajos sean, a la vez, favorecidos con un estupendo y ejemplar diploma, en el cual aparecerá, junto a la cabeza del héroe de los muñecos, el nombre y los apellidos de los Pinochistas mencionados. La lista de los favorecidos en el mes de febrero es la que sigue:

Dibujos.

Adolfo Sánchez, 9 años, Madrid.—Un elefante. (Publicado en el número 53).
Silvino Mampoy, 12 años, El Pardo.—Florero. (Publicado en el número 51).
Juanita Rada, 7 años, Colombia.—Mi hermanito en visita. (Publicado en el núm. 52).
Virgilio Villaverde, 13 años.—Un payaso. (Publicado en el núm. 53).
Lucrecia Moreno, 8 años, Buenos Aires.—Legendo PINOCHO. (Publicado en el núm. 53).
Fernando Cádiz, 12 años, La Coruña.—Un puente. (Publicado en el núm. 53).
Margarita Fuentes, 13 años, Sevilla.—Un Pinochista. (Publicado en el núm. 53).
Isabel Lastres, 10 años.—Un cartel. (Publicado en el núm. 53).
Rodrigo Pomar, 10 años.—Caballo. (Publicado en el núm. 51).
Joaquín Zugasti, 12 años.—Corriendo una pelota. (Publicado en el número 51).
Julián Tarraga.—Casa de campo. (Publicado en el núm. 51).

Nicolás Rueda, Méjico.—Un auto. (Publicado en el núm. 51).
Gloria Alcorta.—Pinocho y Chapete. (Publicado en el núm. 52).
Kiko Alcorta.—La casa de tío Pepito. (Publicado en el núm. 52).

Cuento.

Francisco Devesa, 12 años, Barcelona. (Publicado en el núm. 52).

Chistes.

Narciso, 12 años, Madrid. (Publicado en el núm. 51).
Antonio Vildásola, 13 años, San Sebastián. (Publicado en el número 51).
Ramón Sinobas, 10 años. (Publicado en el núm. 51).
Ramona Egido, 13 años, Madrid. (Publicado en el núm. 51).

Historietas.

Antonio Hernández, 13 años. (Publicada en el núm. 54).
Andrés Berista, Madrid. (Publicada en el núm. 54).
Maximino Fernández, Miranda de Ebro. (Publicada en el núm. 54).
Juan Cubas Alfaro, Las Palmas. (Publicada en el núm. 54).
Julián Martín, Buenos Aires. (Publicada en el núm. 54).

CORRESPONDENCIA

Gerardo, Mercedes Pellicer, etc., etc.—Un poco de atención, mis buenos amigos. Hay que fijarse bien en las condiciones del sorteo para los suscritores. No es preciso buscar ni pedir números de ninguna clase. Huelgan tales trabajos. Como los premiados tienen que ser, indefectiblemente, suscritores, se publicarán los números premiados, juntamente con el nombre del suscriptor correspondiente, por lo cual, hasta que se publique la lista de los suscritores premiados, no tienen éstos nada que hacer. ¿Cabe mayor comodidad? Creo que no.

Marieta y Jaime de Piniés.—Mis queridos amigos: Estáis en lo cierto. Es preciso acompañar a cada chiste, a cada dibujo, etc., etc., de su correspondiente cupón. Ahora bien: si el Pinochista es suscriptor, podrá remitir con un sólo cupón un trabajo, sólo uno, de cada concurso.

Glorita González.—Como sé que me estimas verdaderamente, no me inquieto mucho tu enojo. Creeme que me hubiera gustado mucho publicar tus problemas; pero éstos, la verdad, estaban a la cola de un montón de pasatiempos y no ha habido medio de insertarlos en Pinocho. Como supongo que tendrás la colección de mi revista, bastará que la mires con cierta atención, para que veas el resultado de los concursos. Sígueme mandando trabajos. Un abrazo de tu mejor amigo de madera. ¡Ah! Me olvidaba de ello: Supongo en tu poder, a estas horas, el catálogo que me pediste).

Antonio Domínguez Garriguez.—Muy bien tus dos dibujos; pero no puedo publicar más que uno, por la razón sencillísima de que han venido aquellos con un sólo cupón.

Juan Bellido Sagasta.—Bueno, inmejorable, insuperable. Lo publicaré.

Pedro Posadas.—¿Y la tinta? ¡Qué mala memoria!

Margarita L. Coterilla.—He recibido el

retrato de tu amiguita Luisa y, como se merece, lo publicaré. Está muy bien, con un parecido asombroso, está hablando.

Buenaventura Sancha Solalinde.—No puedo publicar tus problemas como tales problemas. Sin embargo, como tienen unos dibujos muy bonitos, muy aceptables, publicaré estos como tales dibujos. ¿Estás conforme?

Recuerdos de Anita, Pirula, Cañamón, Potipán, Currinche, Don Turulato, Morronguis, etc., etc.

Antonio Robles García.—Encantado con tu historieta. Ahora que no podrá publicarse tan pronto como tu deseas, pues son muchos, muchísimos, los trabajos que esperan en esta redacción la hora de salir.

Juan Salcedo Bueno.—¡Tinta negra!


Elena Ramos.—He dado a Pirula el encargo que me haces en tu última y, como era de esperar, Pirula, generosa como siempre, se compromete a dibujarte y describirte en su sección unos admirables pañitos de mesa. Ya verás.

Mariquita Otero Durán.—Con mucho gusto publicaré tu cuento. Es éste muy emocionante, interesantísimo, magistral. A su tiempo, cuando le llegue su turno, aparecerá en Pinocho.

Recuerdos de Anita y Pirula y de todos los demás.

José Doncel Guerrero.—Si tus dibujos llegaron en buenas condiciones, ya estarán para salir, dado el tiempo transcurrido. De todas formas, no haces mal en remitirme nuevos trabajos, pues ahora verás cómo aparecerán en Pinocho, conforme les llegue su turno. Ahora que tendrás que esperar un poquito, pues son muchos los trabajos que tengo esperando.

Mi enhorabuena por tus buenos dibujos. Son extraordinarios.

	CUPÓN DE COLABORACIÓN
	El Pinochista D.
	calle de
	núm. Pueblo
	Prov.
	envía un (1)
	para que se publique cuando sea posible.
	(1) Indíquese lo que sea: dibujo, historieta, chiste, cuento.



AVENTURAS DE SIMPLICIO BOBADILLA



SECCIÓN PIRULA



CHARLAS
DE PIRULA

Piñata de huevos. — ¿Sabéis lo que es una piñata? Bueno; la piñata en sí es una olla o puchero de barro. Pero existe una diversión que se celebra el primer do-

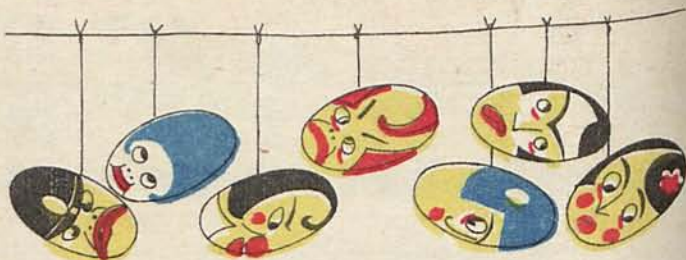
mingo de Cuaresma y que lleva el mismo nombre, porque en ella esta olla de barro representa el papel principal; se la llena de confites, se cuelga del techo, y los jugadores, con los ojos vendados y provistos de un palo, tienen que acertar a romperla, a fin de recoger luego su contenido que se esparce por los suelos. Pues bien: el juego que la semana pasada os prometí que os explicaría hoy, es muy parecido al de la piñata, solamente que se sustituye ésta por huevos, por lo cual le llamo yo «piñata de huevos».

Para organizarlo tenéis que estar en buenos términos con la cocinera, puesto que su concurso os ha de ser imprescindible; ella será, en efecto, la encargada de reservar todas las cáscaras de los huevos que haya utilizado

para sus frituras y sus mayonesas. Estas cáscaras las llenaréis con bomboncitos o con confetti, a voluntad; luego uniréis cuidadosamente las mitades, pegando alrededor una cinta estrecha que dejaréis bastante larga para que, por su extremo, puedan colgarse los huevos. Colgados todos estos huevos de manera que queden bastante más alto que la cabeza de los niños, éstos se colocarán en fila, con los ojos vendados y provistos de un palo, y todos a la vez se esforzarán en cascar la mayor cantidad posible de huevos; cuantos más haya de éstos, mejor.

El que logre hacer mayor número de bajas en las filas enemigas —o sea, cascar mayor cantidad de huevos—, es declarado vencedor, y su habilidad se recompensa espléndidamente. Por ejemplo: con doble ración de merienda, o con el don inestimable de otro huevo, decorado por vosotras, según uno de los modelos que os presenté la semana pasada; o, en fin, con lo que se os antoje.

Como veis, el juego, aun resultando muy divertido y provocando siempre grandes risas y algazara, es de un ingenio fácil y sencillo, algo así como... el huevo de Colón!



PIRULA; BORDADORA

Pañito a punto de cruz. —Una de las cosas que les encanta a las amas de casa es disponer siempre de un gran número de pañitos de diversas formas, cuadrados, redondos, ovales y rectangulares.

Estos pañitos son imprescindibles por el aspecto de pulcritud y de impecabilidad que presentan, con tal de que estén siempre limpios y planchados. Son para la casa, lo que es un cuilecico blanco sobre vuestro delantal negro de colegialas.

Es, pues, preciso que contentéis esta graciosa afición de vuestra mamá, bordando muchos pañitos para las bandejas de metal,

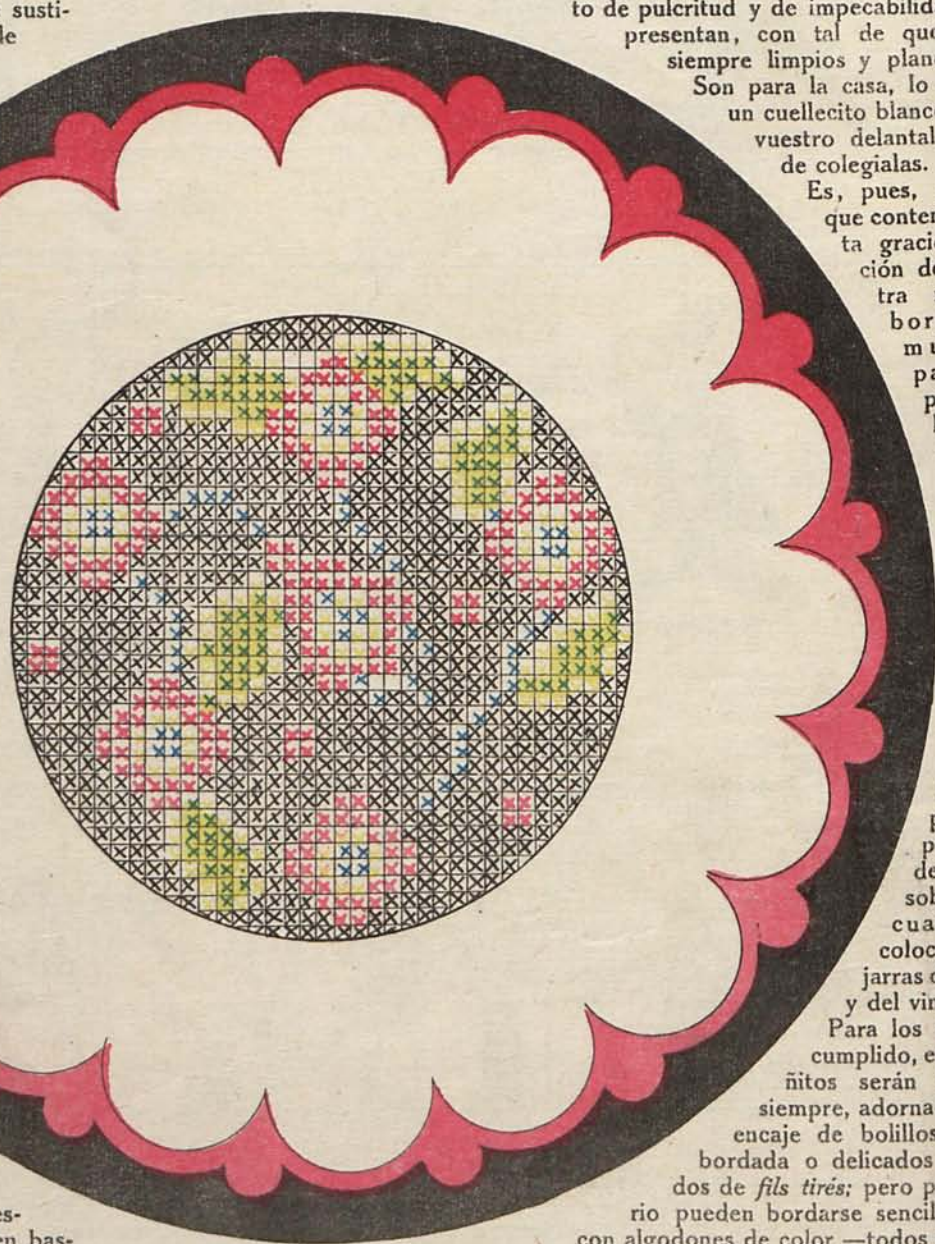
el cesto del panolito, platitos de cristal sobre los cuales se colocarán las jarras del agua y del vino.

Para los días de cumplido, estos pañitos serán blancos siempre, adornados con encaje de bolillos, malla bordada o delicados bordados de *fils tirés*; pero para diario pueden bordarse sencillamente con algodones de color —todos de calidad garantizada a fin de que no destiñan al lavarlos—, en algún punto de esos sencillos cuya ejecución domináis: cadeneta, cordoncillo, festón, punto de cruz, pasada o lanzada.

El pañito redondo que hoy os presento, está orlado por un bonito festón de fantasía, y tiene el centro bordado a punto de cruz en negro, rojo, amarillo, azul y verde.

Como va bordado sobre lienzo de hilo, será preciso hilvanar encima, antes de bordar, un trozo de cañamazo, sobre el cual se ejecuta el bordado a punto de cruz; terminada la labor, se sacan fácilmente los hilos del cañamazo.

Es preciso emplear este sistema siempre que se haga el punto de cruz en una tela que no sea adecuada para este género de labores.



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

40 Cents.

AÑO II
NUM 62

25 ABRIL
1926



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS. OTROS PAÍSES, AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton





Nuevo equipo pinochista en Madrid.

«Unión Sporting Ibérico».

Con este bello título se ha formado un nuevo equipo en Madrid. Esperamos de los jugadores que constituyen el flamante grupo, a juzgar por el entusiasmo que encierran, grandes y extraordinarios triunfos.

He aquí la lista de los jugadores:

Capitán, José Velasco Valcarlos. Portero, Enrique Ceva. Defensas: Emilio Yuvés y Miguel Valle. Medios: Medito Lavajos, Pablo Zamorro y Ramón López Ibarzábal. Delanteros: Anastasio Orgaz, José Velasco, Luis Minguez, Antonio Herrera y Enrique Fenoll. Reservas: Antonio Ceva, Arturo Córdoba, Luis Encina Fernández, Ricardo y Manuel Vega.

Gran equipo en Ceceda.

«Pinocho Escolar».

Con este nombre se ha formado un nuevo y magnífico equipo, integrado por los pinochistas siguientes:

J. Campo; Caso, Agapito; Criado, F. Campo, Bárcena; Germán, Gelu, Castropol, Tomeco, Lale.

Este equipo desea jugar con los campeones de la Faya, Silvota, Fresnadiello, La Cuesta, y muy particularmente La Sierra.

Al mismo tiempo se pone a disposición de todos los de su categoría.



ANTONIO RUIZ

por Juan Prieto.

Nuevo equipo.

«Club Pinocho Valiente» de la Sierra.

Este equipo, poseedor de los colores roji-amarillos, o sean los nacionales, se acaba de completar formando un once de potente valía con los jugadores siguientes:

Mariano; Anselmo, Jesús C.; R. Bárcena, F. Campo, Valle; Germán, Hilario, Tomás, J. Campo y Canellada.

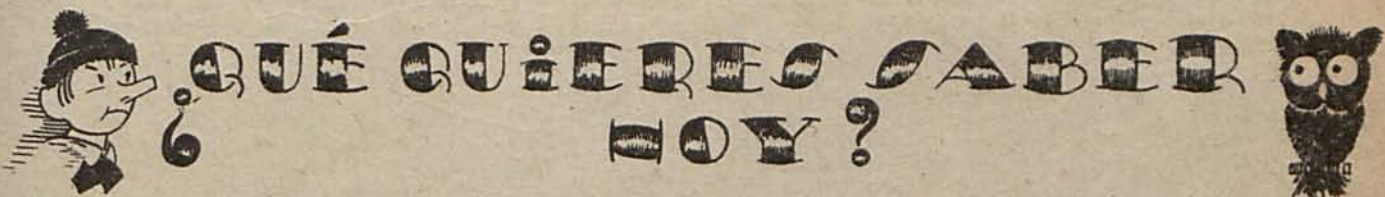
Reservas: Guillermo Cueto y Lalé.

Hace esto presente por si algún equipo forastero desea jugar un partido avise convenientemente, pues quiere comprar una hermosa copa el «Club Pinocho Valiente» para jugarla en su primer partido.

Enterados de que se formó en este pueblo otro equipo pinochista con el nombre de «Pinocho Escolar», desearíamos jugar con él.

Campo de Loto.

FRE-KIC.



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, cómo viven las águilas.

—Una pregunta de respuesta larga, Chonón, es la que me haces.

—[El águila] He aquí la reina de las aves, la reina de los aires. Si el león es en la tierra el animal más feroz y valiente, el águila, en el aire, es el ave de más poder, el más potente y valentudo.

—Ya lo sabía.

—Me alegro. Las águilas más grandes son las marinas, de las cuales existen varias especies. Se encuentran en las islas septentrionales de Europa. A veces llegan a Inglaterra. Hacia 1850 cazaron en el bosque Windsor un águila que medía cerca de dos metros y medio de una a otra extremidad de las alas.

—¡Qué barbaridad!

—Pesaba doce kilogramos.

—¡Atiza!

—Pero es extraño encontrar un águila en los bosques de Windsor. Hay que ir a las montañas abruptas, a los lugares más apartados y desiertos. Acostumbran a hacer sus nidos estos animales en las hondonadas de las rocas, en las eminencias más inaccesibles.

—¿Y es cierto que las águilas se llevan a los niños?

—Mucho se ha hablado sobre ello, pero no es verdad. El águila caza codornices, liebres, conejos, perdices, cabritos, ciervos.

—¿Ciervos?

—Ciervos, querido Chonón. Es curioso el procedimiento de que se valen para ello. Primeramente, cuando el águila otea una manada de ciervos comienza a cernirse pausadamente, exhibiendo su po-

tente figura. Es seguro que los ciervos, asustadísimos, huyan. Apenas ve el águila un cervatillo apartado, lejos de los demás, se precipita, flechada, sobre su lomo y se apodera de la presa, devorándola. Otras veces acosa al ciervo hacia un precipicio, obligándole a despeñarse.

—¡Qué pícaras!

—En tales casos hay para el ciervo una salvación: que consiga encontrar lugares estrechos, hondos, escondidos, a donde el águila no se atreve nunca a descender. Si no es así, y el ciervo se halla solo, su muerte es segura. Sir Carlos Mordaut tuvo ocasión de presenciar uno de estos espectáculos. Apostado convenientemente, veía con unos prismáticos un rebaño de ciervos cuando advirtió que éstos, espantados por la presencia de un águila, corrían en distintas direcciones. Por último, consiguió divisar cómo un ciervo, acosado por el águila, se dejaba arrastrar por un precipicio.

—Es curioso.

—El águila es valiente, sobre todo cuando guarda su nido. A veces, acosada por el hambre, se acerca osadamente a los rebaños de cabras y ovejas. Los pastores, apenas ven al águila, la acometen con piedras. Pero no es cierto que ningún águila se haya llevado ningún niño.

—Me tranquilizo, amigo buho.

—Otro día te hablaré de las familias de las águilas, que es numerosísima.

—Ah, una pregunta. ¿Viven mucho tiempo estos animales?

—Un siglo, dos siglos... Son las aves que más duran.



(Continuación.)

—Una legua no es una distancia muy larga: en tres cuartos de hora podemos recorrerla.

—Es preciso que apaguemos nuestras luces; si dan cuenta de que les seguimos, harán esfuerzos sobrehumanos y se meterán en cualquier caverna.

—¿Y si chocamos? —dijo el doctor—. Nuestra canoa es muy frágil y podría hundirse.

—No hemos encontrado ningún obstáculo en todo el camino. Además, el fanal rojo podrá servirnos de faro.

—¿Me respondéis de la dirección?

—Sí, doctor.

—Pues entonces apagad los faroles.

Apagaron las lámparas de seguridad, que habían sido colocadas en la proa, y las retiraron.

—¡Avantil! —mandó el patrón.

La canoa reanudó la persecución de los misteriosos exploradores. El punto luminoso brillaba siempre entre las tinieblas y parecía que estaba inmóvil. Su luz rojiza se reflejaba ondulante sobre las aguas del canal, trazando como una línea de fuego.

De vez en cuando desaparecía por un instante, pero luego reaparecía brillando sobre las infinitas bóvedas del túnel. Aquellas desapariciones debían ser ocasionadas seguramente por las personas que iban en ella que, al moverse de un lugar a otro, se interponían entre el fanal y los ojos de sus perseguidores.

Los tres pescadores y el doctor hacían esfuerzos sobrehumanos para ganar camino. Esforzaban sus músculos y apoyaban las puntas de los pies en el fondo de la canoa para remar con más ímpetu y caer cuanto antes sobre los fugitivos.

Tenían derecho a saber quiénes eran los que les habían robado el secreto, pues era inadmisibles que hubiesen hallado otro documento del capitán Gottardi. Y aún en este mismo caso no había razón para que huyesen, pues lo natural y lógico era que se unieran a ellos para llevar a cabo más fácilmente la empresa de exploración.

Poco a poco iba disminuyendo la distancia que había entre perseguidos y perseguidores. Sin embargo, parecía que los primeros habían advertido que se les daba caza, pues la lámpara ya no estaba inmóvil como antes. De vez en cuando se la veía oscilar, como si a la barca o balsa en que estuviese la imprimieran un movimiento rápido de balanceo, y además se veía alargarse y disminuir el reflejo del farol sobre las aguas.

Seguramente habían oído los golpes de remo transmitidos por la galería, pues en ésta los sonidos se propagaban con una sonoridad extraordinaria.

—Quieren huir —dijo Vicente, que se había vuelto para medir aproximadamente la distancia a que se hallaban de los misteriosos exploradores.

—Ya están bastante próximos —dijo el doctor.

—Pero siguen avanzando —dijo Miguel—. Por lo demás, no deben de distar más de quinientos o seiscientos metros de nosotros.

—Entonces podemos parlamentar con ellos —dijo el doctor.

—Probadlo —replicó Vicente—. Nosotros, mientras tanto, intentaremos acercarnos más a ellos.

El señor Bandi se levantó, y poniendo en la boca las manos a modo de bocina, gritó:

¡Eh! ¡Eh! ¿Quiénes sois? ¡Parad y esperadnos! ¡No temáis nada de nosotros!...

En vez de contestar, la lámpara fue apagada a bordo de la embarcación.

¡Somos amigos! —gritó el doctor.

Tampoco obtuvo respuesta.

—¿Qué se creerán esos bribones? —preguntó Vicente, que comenzaba a perder la paciencia—. No comprendo por qué se obstinan en callar. ¡Voto a bríos! Tenemos que entendernos con ese sinvergüenza de Simón; ya estoy convencido de ello.

—¿Creerá que vamos a matarle? —dijo el doctor.

Después, levantando la voz, gritó repetidas veces:

—¡Simón! ¡Simón!...

Todo fue en balde. Nadie contestó, ni volvió a encenderse la lámpara.

—¡Quiero verme frente a frente con ese mandria para retorcerle el cuello! —dijo Vicente—. ¡Apretad, muchachos!

—Encendamos antes nuestras linternas —dijo el doctor—. Con esta oscuridad, y sin que nos sirva de faro la luz de ellos, podríamos chocar en cualquier escollo o contra las paredes del canal.

Mientras los tres pescadores seguían remando con verdadera rabia, el doctor encendió las dos linternas de seguridad, colgando una a popa y otra a proa, y después empuñó otra vez los remos para ayudar a sus compañeros.

La canoa de los fugitivos parecía haber desaparecido. ¿Se habría detenido en alguna parte, o se habría refugiado en alguna caverna? Era imposible saberlo.

Los pescadores y el doctor habían ganado otros trescientos metros, cuando de pronto resonaron dos disparos que atronaron la galería.

Una de las balas hizo saltar pedazos del remo de Roberto; la otra pasó silbando sobre la cabeza del doctor.

Aquella descarga había partido de un sitio muy cercano, como si los agresores estuviesen a unos cincuenta metros de la canoa.

El doctor y los pescadores se pusieron en pie empuñando sus revólveres, dispuestos a repeler duramente la agresión.

—¡Canallas!... ¡Rendíos!... —gritó Vicente.

Nadie respondía; los agresores, aprovechando la oscuridad, tal vez se habían alejado.

El doctor descolgó una linterna, y elevándola sobre la altura de su cabeza proyectó su luz por los alrededores; pero nada descubrió.

—¡Contestad, o hago fuego contra vosotros! —gritaba Vicente, con voz amenazadora.

Como no obtuvo contestación, descargó una tras otra todas las cápsulas de su revólver, disparando al aire. Las balas no debieron herir a nadie, pues no se oyó un solo grito de dolor resonar entre las tinieblas.

—¿Habrán huido? —preguntó el doctor.

—¡Aunque tengamos que bajar hasta las entrañas de la tierra os atraparemos! —gritó Vicente, con ira.

—No cometamos locuras. Ya sabemos que esa gente no retrocede ante un asesinato, y hemos de procurar no dejarnos matar como locos.

—Tanto más cuanto que nuestra canoa es débil y nos la pueden estropear —agregó Miguel—. El tejido no resiste a las balas.

—Ni siquiera a una cuchillada —dijo el doctor.

—¿Qué queréis que hagamos? —preguntó Vicente.

—Avanzar prudentemente. Que cojan los remos Miguel y Roberto, y nosotros iremos preparados para repeler cualquier agresión.

—¡Maldita oscuridad! —exclamó Vicente.

—¡Adelante! —mandó el doctor.

La canoa reanudó su carrera, manteniéndose cerca de la pared de la izquierda, en la cual había numerosas excavaciones, como nichos u hornacinas, en las cuales podrían refugiarse en caso de peligro.

Mientras los dos pescadores remaban, el patrón y el doctor Bandi, colocados a proa, escrutaban ansiosamente las tinieblas con intención de descubrir a sus adversarios. Habían bajado las linternas casi hasta la línea de flotación, con objeto de engañar la puntería del enemigo.

En todo el túnel no oía un sólo rumor. Con seguridad los fugitivos habían hallado algún lugar donde ocultarse, por no poder competir en velocidad con la canoa de los cuatro exploradores.

Aquel silencio causaba honda inquietud al doctor y a Vicente.

(Continuará en el número próximo.)

REGALOS MENSUALES A LOS SUSCRITORES

PINOCHISTAS PREMIADOS



MANUEL TRUJILLO ARANA.
Burgos.—Favorecido con el **segundo premio**
del mes de marzo.



NIEVES MONTOYA.
Vitoria.—Favorecida con el **primer premio**
del mes de marzo.



CELSE BARRUTIA VÁZQUEZ.
Cazorla (Jaén).—Favorecido con el **tercer premio**
del mes de marzo.

MÁS PINOCHISTAS PREMIADOS EN EL CONCURSO DE NAVIDAD-REYES



MANUEL SÁINZ TRAPAGA.
Santander. Premio 10.
Un estuche de dibujo.



MIGUEL DE LARA.
Villarrubia de Santiago (Toledo).
Premio 44. Lote de libros.



PILAR MARTÍNEZ REPULLÉS.
Madrid. Premio 59.
Lote de libros.



EDUARDO DE RIVAS Y RODRÍGUEZ.
Sevilla. Premio 91.
Lote de libros.



JULIO ANTÓN SIERRA.
Bilbao. Premio 14.
Una pluma estilográfica.



JOSÉ RAMÓN MARTÍNEZ.
Valladolid. Premio 15.
Una caja de acuarela.



FERNANDO DE MURGA.
Melilla. Premio 11.
Un estuche de dibujo.



PEPÍN LÓPEZ OCAÑA.
Avilés (Asturias). Una colección
de «Pinocho contra Chape-
to».—(Primer gran concurso de re-
galos de PINOCHO.



VÍCTOR JOSÉ JIMÉNEZ.
Málaga. Premio 23.
Lote de libros.



RAMÓN BLANCO GONZÁLEZ.
Gijón. Premio 89.
Lote de libros.



JUAN OCHANDIANO.
Bilbao. Premio 94.
Lote de libros.



PAQUITO RODRÍGUEZ CEREILLOS.
Laredo. Premio 73.
Lote de libros.



CARMINA GONZÁLEZ.
León. Premio 6.
Una muñeca.



CHOLA MENÉNDEZ MARÍNAS.
La Coruña. Premio 80.
Lote de libros.



ANTONIO MONDÉJAR DEL RÍO.
Huete (Cuenca). Premio 45.
Lote de libros.

ESTOS CHICOS
ME HAN TOMA-
DO POR UN MU-
ÑECO DEL PIM
PAM, PUM.



COLORÍN Y SU PANDILLA

SI ME PRESTAS TU TRI-
NEO TE ENSEÑARE
UN EJERCICIO MUY
BONITO QUE YO SÉ.

NO, NO. YO ME
VOY A JUGAR
CON LOS CHICOS



MUY BIEN, HOMBRE.
YA ME PAGARAS ES-
TE FEO QUE ME HAS
HECHO



MIRA, SI ME DEJAS ESE
TRINEO UN RATITO, TE
DARÉ DOS REALITOS.

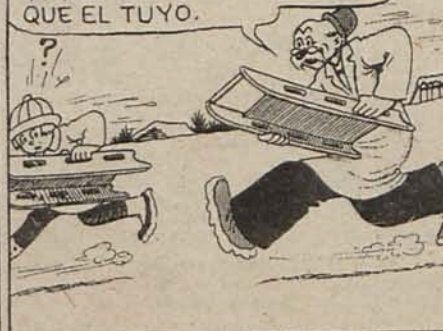
VENGAN ESOS
DOS REALITOS
Y SE LLEVA US-
TED EL TRINEO



¡AH, AMIGO COLORÍN! ¡AHO-
RA TE VOY A DAR ENVI-
DIA CON MI TRINEO!



¿TU VES, PILLASTRE? NO
ME QUERÍAS DEJAR TU TRINEO
Y AHORA TENGO UNO MEJOR
QUE EL TUYO.



MIRA COMO
CORRE. YA
TE HE PASA-
DO DELAN-
TE.

¿DE DONDE
HABRAS SA-
CADO ESE
TRINEO?



AHORA FÍJATE
BIEN Y VERÁS
QUE EJERCICIO
TAN BONITO TE
VOY A HACER

COMO NO MIRES
HACIA ADELAN-
TE ME PARECE
QUE PELI-
GRAN TUS
MARICES



¡VEN ACÁ SO GRANU-
JA QUE TE VOY A EN-
SEÑAR A IR EN TRI-
NEO.



PUES VEN ACÁ
QUE TE VOY A
DAR CUATRO MAM-
PORROS, SIN QUE-
RER.



OYE, ME TIENES QUE EN-
SEÑAR OTRO EJERCICIO
MAS BONITO, PORQUE ES-
TE NO ME HA GUSTADO.



BRANNER. REG. U. S. PAT. OFF. Copyright, 1935, by The Chicago Tribune

EN LA CORTE DEL LEÓN

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Cuando el león fué coronado con gran pompa rey de los animales, hubo fiestas muy divertidas en su corte, en las cuales se lució mucho la nobleza del reino.

Había que ver qué trajes y qué galas ostentaron los tigres, panteras y leopardos, y la magnífica cola que arrastraba la raposa el día de la jura.

Después, tan dignos personajes, besaron al león la garra y le pidieron mercedes.

—Nosotros —dijeron los tigres y panteras— donde mejor te serviremos es gobernando tus provincias, para que prospere el reino con nuestra buena administración.

—Os hago gobernadores de ellas, y espero que cumpliréis como quien sois —dijoles el león.

Las hienas y chacales y otros esforzados animales dijeron:

—Nuestro puesto de honor está en las fronteras, para pelear con los enemigos de nuestro rey.

—Id, guerreros indomables, y hacedles todo el daño posible.

—Eso corre de nuestra cuenta.

La raposa, con fingida humildad, dijo:

—En las casas reales conviene mucho una buena cocinera que entienda de guisos y de salsas para que el rey y sus convidados se chupen las uñas de gusto. Yo pretendo ese oficio.

Su compadre, el lobo, aún fué más humilde, solicitó ser pinche de cocina.

—Lameré los platos y quedarán como un espejo.

—Concedido —dijo el rey.

No tardó en conocer el león que no podían ir peor las cosas de palacio. El gasto era muy crecido e iba en aumento de día en día. No entendía las cuentas de la raposa por demás embrolladas. Le sisaban sin escrúpulos y hasta le bebían el vino.

Comprendió el león que le hacía suma falta un mayordomo de confianza para que vigilase a los criados, principalmente a la cocinera, que era la más sospechosa.

Lo difícil era acertar en la elección de ese animal.

Por suerte oyó decir que había en sus dominios un honrado jabalí que, por devoción o lo que fuera, no probaba la carne en todo el año, y sólo se mantenía de raíces y bellotas.

—Ese es el que yo necesito. Voy en su busca antes que sea tarde. Estos tunantes me dejarían como el gallo de Morón.

Logró ver al jabalí que hacía penitencia en el bosque apartado del bullicio de la corte.

—Amigo jabalí: el mérito no puede mucho tiempo estar oculto —dijo el león para halagarle—. Te he nombrado mayordomo de palacio. Por eso me llaman ya rey justiciero, porque premio a los buenos y castigo a los malos. Vámonos a la corte.

—Señor —dijo el jabalí—, en la corte sólo pueden vivir los lisonjeros y los intrigantes. Yo no podré caerte en gracia porque no sé adular. De intrigas tampoco entiendo nada, y pronto sería víctima de mis enemigos envidiosos. No te sigo; no sé engañar a mi rey.

—Ya estoy viendo que siempre al mérito le acompaña la modestia; pero yo no he de consentir que habite en estas soledades un animal tan virtuoso como tú. Tus temores son ridículos. Serás mi mayordomo, no discutamos más.

—Iré contra mi voluntad, pues que lo mandas; pero ya sé lo que me espera.

—Tonto, más que tonto. Te he hecho construir una cabaña de cañas y barro que es la admiración de todo el mundo. Pronto la verás.

Con la llegada del jabalí, el lobo y la raposa echaban chispas.

Era un mayordomo inaguantable.

Cada noche les decía el jabalí:

—Este trozo de ciervo o esta pierna de ternera, que ha sobrado de la cena, será mañana el almuerzo del rey. Como le merméis la ración os destriparé con mis colmillos.

La raposa y el lobo conocían demasiado el mal genio del jabalí y no se atrevían a tocar la carne.

—¡Qué diferencia de antes! —decía el lobo a la raposa. Ahora, nos hemos de contentar con los huesos y piltrafas que deja el rey en el plato. ¡Acostumbrados como estábamos a comernos los mejores bocados!

—Esto no puede seguir así, compadre lobo. Habrá que levantar falsos testimonios a ese maldito jabalí, a ver si el rey lo envía con cajas destempladas a comer bellotas, si no le quita la piel antes que fuera lo más acertado. Pero eso es cuenta mía.

—¿No ves tú, compadre raposa, con la confianza que le trata el rey? Ayer decía que desde que le tomó por mayordomo no le toca ayunar nunca, pues siempre está provista la despensa. ¡Claro! A nuestra costa se hacen esos milagros.

—Compadre lobo, no seas majadero. Tú no ves más allá de tus narices. Torres más altas han caído. Ojalá que no tarde en presentarse una ocasión favorable. Verás en qué para ese fanfarrón de jabalí.

En aquel punto entró en la cocina el jabalí.

—El león ha comido hoy muy a gusto; no se cansa de alabar tus guisotes —dijo a la raposa—. Dice a boca llena que el carnero asado al horno está estupendo. Ha sobrado un cuarto de carnero y manda que nadie lo toque. Le servirá de me-

rienda. Te felicito, raposa, por ser tan hábil cocinera.

—Yo sí que te voy a felicitar si te descuidas —murmuró la raposa, cuando se fué el jabalí.

—Anda, compadre lobo, ve a la cabaña del jabalí, y, sin que nadie te vea, esconde allí este cuarto de carnero.

—¿Estás loca? —dijo el lobo.

—Anda, estúpido, haz lo que te digo. No tienes ni pizca de entendimiento. Aquí no ha entrado el cuarto de carnero, ¿lo oyes bien? No sabemos ni una palabra de este asunto. Verás la que se va a armar.

El lobo, sin chistar, llevó el cuarto de carnero a la cabaña del jabalí.

Desde la rama de un árbol un mirlo entrometido vió lo que hacía el lobo.

—¡Está bueno! —dijo el pájaro—. Al jabalí le lleva carne el lobo. No sabe que no le gusta y no la quiere ni oler. Ha perdido el juicio el lameplatos.

El mirlo se fué riendo de las tonterías del lobo.

Al bostezar el león dos o tres veces seguidas no dudó que era hora de merendar.





Fué a la cocina y dijo a la cocinera:

—Aquel cuarto de carnero asado al horno que sobró al mediodía manda que me lo sirvan ahora mismo.

—Señor. ¿Qué cuarto de carnero es ese? ¿Tú has visto, compadre lobo, ese cuarto de carnero?

—Nada he visto que se le parezca. Si aquí hubiese entrado no hubiese podido menos de verlo mientras lamia los platos.

—¿Me queréis tentar la paciencia? —dijo malhumorado el león, golpeándose los hijares con la cola—. Veremos lo que dice el jabalí. Le encargué mucho que nadie tocara a la merienda. Alguien pagará cara esta granujada.

La raposa dijo al lobo para que el león lo oyese.

—¿Estás cierto de que no sobró nada al mediodía?

—¿No lo he de estar? Lo que sucede es que alguien que se atraca de carne todas las horas hace creer a los simples que no la prueba. A mí hace tiempo que no me engañan ciertos penitentes.

—¿Es posible lo que dices del jabalí? Casi no lo creo, compadre lobo.

—No costaría mucho averiguarlo. Que miren bien en su cabaña. Es lo primero que han de hacer.

—Pues si se probara ese delito habría para creer todas las traiciones que se cuentan del jabalí.

—¿No se le ha de probar? Debieran ir a su cabaña cuanto antes a ver si ha escondido allí la carne.

—No es fácil que la encuentren. Es muy engañador el jabalí y procura de no caer en el garlito.

—Pero al que engaña al rey le habrían de arrancar la piel.

—El rey debiera averiguarlo pronto, porque el jabalí tiene espías en todas partes y le avisarán de lo que pasa.

—El león —interrumpió indignado.

—Si no calláis, viles murmuradores, os desuello vivos.

El jabalí entró entonces en la cocina.

—¿Dónde pusiste el cuarto de carnero que sobró para la merienda?

—Lo entregué a la raposa —dijo el jabalí.

—No me entregaste nada —contestó la raposa.

—Maldita cocinera, ya te ajustaré luego las cuentas.

—No hay cuentas que valgan. No creas que nos asustas con tus fanfarronadas. Ya no podemos callar más. Dime, compadre lobo, ¿viste entrar en la cocina al jabalí con la carne?

—Palabra de honor que no —respondió el lobo.

—¡Mienten estos bellacos! —exclamó irritado el jabalí—. Yo soy la honra del mundo e incapaz de engañar a mi rey. Si lo permites, señor, ahora mismo daré muerte a los dos.

—Poco a poco —dijo la raposa—. Santo y bueno que muera el que ha robado el cuarto de carnero. Al rey no le faltan criados para enviarlos a tu pocilga a buscar la carne. Sin pruebas no se condena a nadie. No hay que precipitarse.

—Que vayan allí mis criados —exclamó el león—; vamos a acabar pronto.

Los criados volvieron con el cuarto de carnero, el que pusieron de manifiesto encima del fogón.

El león quedó como quien ve visiones.

El jabalí enmudeció de asombro.

La raposa y el lobo sonreían triunfantes.

—Hoy se acredita el rey de justiciero —dijo a gritos la raposa—. No se dirá ya en la corte que el rey no hace sino lo que el jabalí quiere.

—No se hable más —dijo el león—; que den muerte al jabalí inmediatamente.

Ataron al jabalí codo con codo y lo llevaron al patíbulo rodeado de guardias.

Un pregonero iba diciendo:

—Esta es la justicia que manda hacer el rey, nuestro señor, al infiel mayordomo que robó la merienda de nuestro amo.

El león presenciaba los preparativos de la ejecución.

Se oyeron entonces las risotadas del mirlo que, burlándose de todos, decía chillando:

—Estáis locos de remate. Habéis perdido el poco juicio que tenías. Esta tarde vi al lobo llevar la carne a la cabaña del jabalí, olvidando que el jabalí se alimenta de hierbas. Ahora llevan a matar al pobre jabalí, y le acusan de animal carnívoro, a él que es aquí el único que no la prueba. Y lo que es más gracioso, el lobo no se acuerda de que él fue quien le llevó la carne. ¡Ea! Que estáis locos desde el rey hasta el último lacayo.

El león se avergonzó de su simpleza. Había sido víctima de los enredos de la cocinera y su compadre.

Abrazó al jabalí y le dijo casi llorando:

—Perdóname, querido jabalí, que ahora, en desagravio, te voy a honrar más que nunca. Pide por esa boca, que todo lo tienes concedido.

—¿De veras?

—Palabra de rey.

—Pues entonces búscate otro mayordomo.

—¡Quita! No hay para tanto.

—¡Santo Tomás, una y no más! Me vuelvo al bosque a comer bellotas.

Al verse libre el jabalí echó a correr tanto como podía trotar.

El rey, para desahogar su cólera, mandó prender a la raposa y a su compadre el lobo; pero estos perillanos

habían huido cuando vieron el pleito mal parado, llevándose de paso el cuarto de carnero.

Bien merecido le estuvo al rey quedarse sin mayordomo y sin merienda, por dar crédito a aquel par de bribones.

Así aprendió que en el trato con los malvados toda precaución es poca, porque rara vez se enmiendan.

Cambiar de naturales pedir peras al olmo.

FIN



EN EL CIRCO HAN HECHO UN JUEGO QUE CONSISTE EN BATIR DOS HUEVOS EN UN SOMBRERO Y LUEGO SACAR UNA PALOMA. VOY A VER SI LO HAGO YO



¡AY MI SOMBRERO!



POTIPÁN Y CAÑAMÓN

SUPONGO QUE HOY COMERÁN USTÉDES CONMIGO.

POR MI PARTE, CON MUCHO GUSTO.

Y POR LA MÍA TAMBIÉN, PERO YO NO PUEDO TOMAR MÁS QUE HUEVOS PASADOS POR AGUA.

MIRA, CAÑAMÓN LLEVA ENSEGUIDA ESTOS HUEVOS A MI COCINERO.

MUY BIEN, DE PASO LE DIRE QUE A MI ME GUSTAN LAS NATILLAS.

TÚ NO TIENES QUE HACER OTRA COSA SINO LO QUE TE MANDAN.

ESO ESTÁ MUY BIEN, PERO INSISTO EN LO DE LAS NATILLAS.



AQUÍ TIENES DE PARTE DE TU SEÑORITO UNA DOCENA DE HUEVOS.

AHORA NO ME ACUERDO PARA QUÉ ME HA DICHO QUE ERAN ESTOS HUEVOS.

OYE CAÑAMÓN ¿DÓNDE HAS DEJADO LOS HUEVOS?

EN EL RADIADOR, PERO CÁLLATE AHORA QUE VA A PICAR UN PEZ GORDO.

A NADIE MÁS QUE A TI SE LE OCURRE DEJAR LOS HUEVOS AQUÍ ¿NO VES QUE PUEDEN ECHARSE A PERDER?

¡YO QUE SE DE ESAS COSAS! MIRA LO QUE HE PESCADO.



OYE, QUE TE LLAMA EL SEÑOR.

¡CAMASTOS! NO LE DEJAN A UNO HACER NADA!

AHORA NO ME ACUERDO DÓNDE HE DEJADO LOS HUEVOS ¿QUÉ CABEZA TENGO!

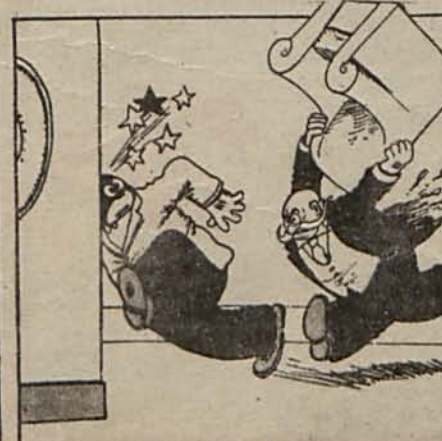
¿ES ESTA LA BUTACA QUE HABÍA QUE ARREGLAR? PORQUE PARECE QUE CRUJE MUCHO.

ESTA ES LA NUEVA. LA OTRA LA ESTÁN ARREGLANDO.

ES QUE AL SENTARME SENTÍ UNOS CRÚJIDOS EXTRAÑOS.



¿DÓNDE DEMONIO HABRÉ DEJADO LOS HUEVOS? ¿QUÉ CABEZA TENGO!



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1935, by The Chicago Tribune.



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIEZO.

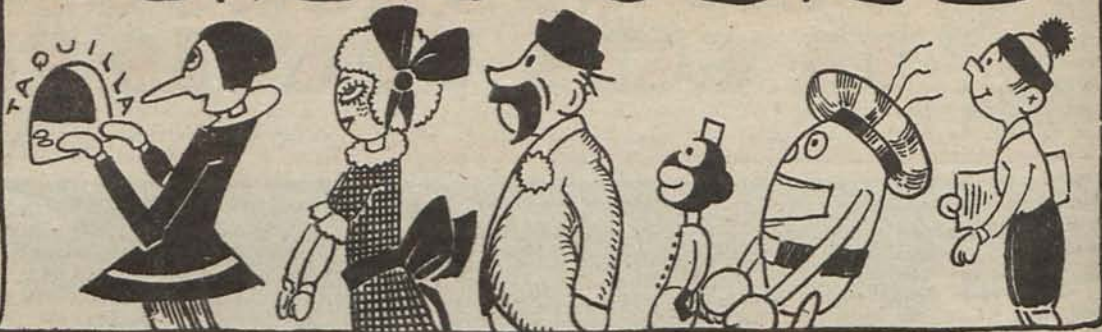


PROGRAMA
PARA HOY

EL BARCO MISTERIOSO

Sensacional!

GRAN CINE



El guardián del «Elegant».

El oficial de guardia entró y saludó militarmente a Colin Wood, el cual, sentado en sus habitaciones, descansaba de sus quehaceres.

—El vigía anuncia que está a la vista, por estribor, la isla de Fiercrest, mi capitán, y que hay un barco con bandera roja en la popa anclado al oeste de la bahía.

—¿Qué buque es ese que está en la bahía, Mc. Todd?

—Acabo de ver ahora mismo su nombre, mi capitán. Es el *Elegant*, de la matrícula de Liverpool, y parece ser que toda la tripulación se ha marchado de sobre cubierta, sin duda huyendo del calor del sol.

—Acerca el barco a él, Mc.; quiero ir a bordo de ese buque, pues es muy posible que ni la tripulación ni los pasajeros sepan que Fiercrest es un punto de parada muy peligroso.

Lanzaron un bote al agua y en él se metieron Colin y dos marineros. Al llegar al costado del *Elegant* el capitán dió una voz con el fin de llamar la atención de los que estuvieran a bordo; pero al ver que no recibía respuesta, trepó por la escala que estaba tendida.

tán estaba todo revuelto, con todos los documentos y papeles hechos trizas.

—Ya se ve que el tigre ha andado por aquí —dijo Colin—. Indudablemente ha quedado el dueño del barco.

—¿Y qué ha sido de la tripulación, mi capitán? —preguntó el guardia marina Spring—. Parece como si hubieran abandonado el barco impulsados por el pánico al escaparse el tigre. Sin embargo, a juzgar por las fieras que llevaban, debían de venir aquí cazadores de fieras.

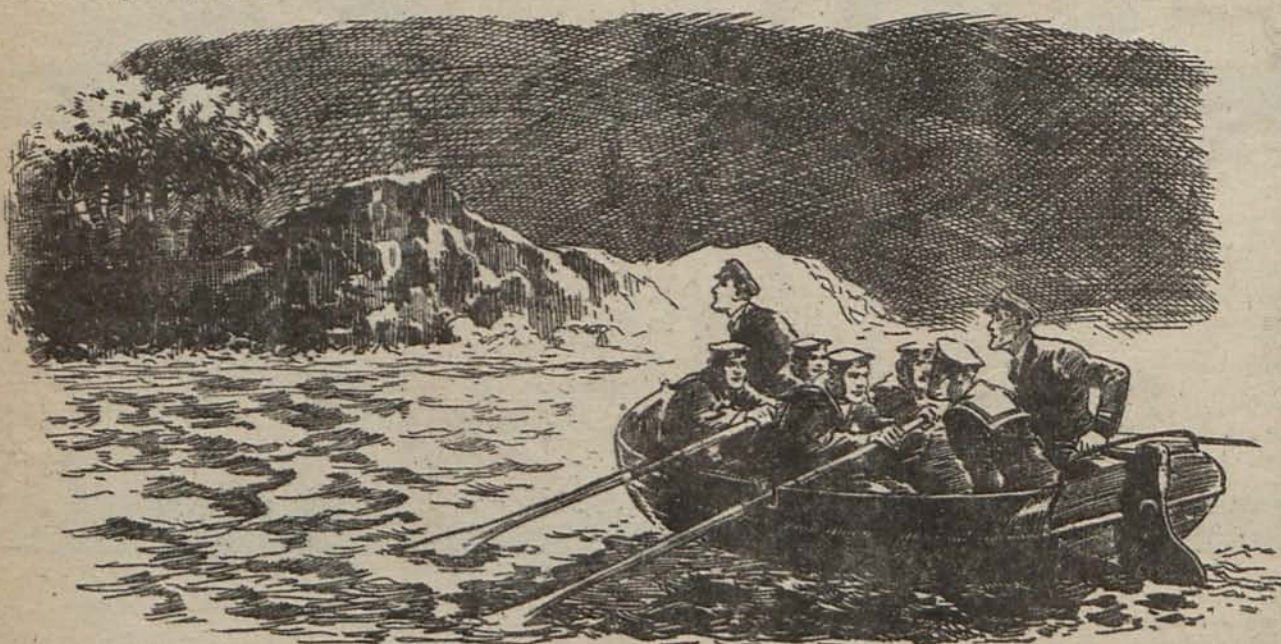
—Es muy posible —convino Colin—. En todo caso, nosotros no podemos dejar este buque aquí abandonado, y hay que poner los medios para encontrar a los responsables.

Colin descendió por la escalera hasta uno de los botes.

—Me llevaré seis hombres conmigo, Spring. Usted vuelva al *Hurricane* y dígame a Mc. Todd que dé una vuelta por la isla y después que vuelva aquí.

Dadas estas órdenes, el bote de Colin empezó a navegar hacia la costa, y poco después echaban pie a tierra el capitán y los marineros.

Al desembarcar no vieron a nadie y se dirigieron a uno de los



Una vez dentro del barco, no encontró a ningún miembro de la tripulación.

El buque no era grande, y en la popa tenía una escalera cuyas puertas estaban abiertas de par en par. Colin bajó y fué hasta la bodega, y desde allí subió por otra escalera que salía hacia la mitad de la cubierta inferior. Notábase allí un olor muy extraño. Siguió avanzando en la oscuridad y preguntando: «¿Quién está por aquí? ¿No hay nadie a bordo de este barco?»

Pero de pronto se detuvo porque entre las sombras vió brillar dos ojos que le miraban fijamente. Sacó la linterna eléctrica y la encendió con toda rapidez, y la luz dió sobre un enorme tigre que agazapado se disponía a saltar sobre él.

Colin retrocedió con la mirada fija en la fiera, y sin atreverse a volverle la espalda, por miedo a que el tigre saltara sobre él.

La furiosa bestia persiguióle con rabia, y cuando llegó a lo alto de la escalera, Colin estaba ya a doce metros de distancia. Delante de él vió la escotilla. Colin Wood miró para atrás y vió que el tigre le alcanzaba y que se agazapaba para saltar otra vez sobre él. Entonces dió un salto, que hubiera batido el recod de los saltos, pues el capitán alcanzó el pescante de la grua.

El tigre dió también un poderoso salto; pero sólo logró rasgar el traje de Colin de arriba a abajo, cayendo de rechazo por la abierta escotilla a la bodega. Entonces llegaban sobre cubierta los marineros que habían acompañado al capitán, que estaban en el bote, sin tener conocimiento del peligro que corría Colin, hasta que le vieron subir precipitadamente por la escalera.

—¡Cerrad las escotillas! ¡Que está el tigre ahí abajo! —gritóles a los marineros.

—Tenemos que reforzar el número antes de registrar el buque.

Después que llegó el refuerzo registraron el barco detenidamente, encontrando en el fondo una jaula vacía con los barrotes rotos, y otras dos, una con un león viejo y otra con un leopardo.

Persona humana no encontraron ninguna, y el camarote del capi-

frondosos bosques, pasando por una extensión de terreno verde. A doscientos metros antes de llegar al bosque salieron de entre los árboles multitud de figuras, la gente más extraña que habían visto en su vida.

Entre todos eran veinte, y su aspecto era tan absurdo y extrañero, que el capitán y los marineros quedaron mudos de asombro.

—¡Válgame el Señor! —exclamó Bob Luck. ¿Qué dice usted de todo esto, mi capitán? Seguramente se han vestido así para divertirse un poco. Yo no perdonaría este espectáculo por todo el sueldo de un mes.

Sin embargo, comprendieron que los negros no se habían vestido tan estrambóticamente para hacer ninguna función de teatro, pues el jefe se detuvo, y poniendo una lanza sobre la cabeza, lanzó una bética proclama de guerra.

Instantáneamente salieron de entre los árboles centenares de negros, que al llegar blandían sus lanzas y arcos frente a la partida del *Hurricane*. Los marineros, que iban también armados, se pusieron en plan de batalla; pero al primer ataque de los indígenas disminuyó el número de ellos, pues quedaron tres hombres tendidos sobre el césped, heridos por las mortíferas flechas.

Colin Wood comprendió que toda resistencia contra aquella horda de salvajes sería más bien perjudicial que útil. Seguir luchando era lanzarse al desastre sin la más remota posibilidad de éxito, así, que levantando a uno de los heridos, lo puso sobre el hombro, ordenando a los marineros que volviesen al bote con los heridos.

Bob Luck y otro de los marineros cogieron a los otros dos heridos, y mientras corrían con ellos hacia la playa, el otro marinero, que quedaba bueno, hacía la defensa a retaguardia, disparando continuamente sobre las filas de los salvajes.

Los marineros saltaron al bote y colocaron en el fondo a los heridos; luego echaron a andar por el agua empujando la embarcación, y metiéndose dentro de ella, según iban saliendo de entre la arena.

Una lluvia de flechas les siguió; dos de los marineros cogieron

los remos y se pusieron a remar con toda su fuerza; pero los salvajes de Firecrest no pensaban dejar tan fácilmente a aquéllos blancos que venían a invadir su tierra, y con asombrosa habilidad y rapidez echaron al agua las tres canoas, suficientes para llevar cada una a doce hombres. Los marineros pudieron desviarse de las flechas que les arrojaban desde la playa; pero, en cambio, las canoas estuvieron en seguida detrás de ellos, y comprendieron que no podrían mantenerse mucho tiempo lejos de las rápidas embarcaciones guerreras.

—¡Corred hacia el *Elegant*! —ordenó el capitán.

Las canoas ya estaban lo suficientemente cerca para que los negros que las tripulaban pudieran disparar sobre ellos sus flechas. Por fin, llegaron los marineros a la escala de cuerda del *Elegant*, cuando la canoa delantera estaba a veinte metros del bote.

Colin cogió en brazos a uno de los heridos y trepó por la escala con él; siguiéronle los otros; pero al llegar a cubierta de la bodega, salió un profundo y horrible rugido.

Era el tigre que protestaba de su aprisionamiento; y el rugido fué a la vez que atemorizante de agradecer, porque al oírlo, los habitantes de Firecrest, huyeron despavoridos.

—¡Tenemos que agradecerle al tigre el que nos haya salvado! —observó Colin—, porque gracias al rugido de él huyeron los salvajes.

—Sí, merece una buena recompensa —asintió Bob Luck—. Algún misterio se encierra aquí.

—¿Qué opina usted de todo esto, mi capitán?

—Estoy demasiado preocupado ahora para saber qué pensar de ello. Pero aseguraría que esos negros han estado ya a bordo de este

y los rayos que se sucedían sin cesar, pues Colin confiaba en que yendo en aquella dirección lograría reunirse a la otra partida de treinta marineros. Esto creía el que causaría gran impresión sobre los guerreros negros. Pero su plan fracasó porque a los diez minutos de marcha encontraron el camino bloqueado por un profundo barranco de diez metros de anchura. Atravesábalo de un extremo a otro un arco natural de roca que se estrechaba hasta terminar en el borde casi en punta como una navaja de afeitar. Viéndose imposibilitado de cruzarlo, no les quedó otra solución que hacer alto, y así lo hicieron los del *Hurricane*, ocultando a los tripulantes del *Elegant* y a la compañía de circo, que se parapetaban detrás de ellos buscando refugio.

Seis de los marineros ya estaban fuera de combate y no tardaron en caer también otros cinco; el resto disparaba tiros incesantemente a las filas de negros, y así consiguieron detenerlos en su avance.

—Solamente con que tuviéramos algunos hombres más y abundancia de municiones los derrotábamos —dijo éste—. Yo he ordenado que vengan otros treinta hombres por la otra parte del barranco y no deben de estar muy lejos.

Tuvo que decir estas palabras en voz muy alta para que el muchacho, que estaba a su lado, las oyera, pues tan fuertes eran los truenos, que debido a los cuales sabía él que la otra partida no podía oír los tiros.

—¿Hacia dónde están esos hombres? —preguntó el muchacho.

—Al otro lado del barranco. Si siquiera pudiésemos enviarles un mensaje diciéndoles el peligro que corremos.



barco. Creo que han venido aquí en las canoas y han atacado a los de la tripulación, y seguramente los negros han huido al escaparse de la jaula el tigre.

—¿Y cree usted que se han llevado a la tripulación a la isla, mi capitán? —se aventuró a preguntar Bob Luck.

—Sí; pueden muy bien haberlos llevado. Esto, claro, es solo una conjetura; pero sospecho que los del *Elegant* están escondidos en Firecrest y es probable que se hallen en peligro. En cuanto vuelva el *Hurricane* iremos a registrar la isla.

El *Hurricane* volvió de dar la vuelta alrededor de la isla veinte minutos más tarde, y entonces, ya el mar y la tierra estaban envueltas en oscuridad; era la oscuridad de la noche mayor aún, porque las estrellas estaban ocultas por grandes nubarrones.

Colin Wood formó su plan.

Al poco tiempo, con treinta hombres, Colin desembarcaba en el mismo sitio por donde habían hecho primero la retirada. Dirigiéronse hacia el bosque, y al cruzarlo, un reluciente relámpago iluminó el firmamento y un trueno horrisono conmovió la tierra y el aire.

Durante veinte minutos siguieron andando en la misma dirección, subiendo inclinados y enhiestos picachos y abriéndose camino por caminos pedregosos y desiguales, hasta que llegaron frente a un montón de cabañas que constituían el poblado de la tribu.

Las hogueras ya estaban medio apagadas, pero aún alumbraban bastante el panorama para ver que los guerreros indígenas no estaban por allí, refugiados sin duda en las cabañas, para protegerse contra la tormenta. Por uno de los lados de la isla crecían bosquecillos de palmeras amarillas, único signo de vegetación sobre todo aquel estéril terreno, y en veinticuatro de estas palmeras estaban atadas otras tantas personas.

A la vista de estos prisioneros se explicó Colin Wood todo el misterio. El *Elegant* llevaba una compañía de circo a bordo, los cuales, probablemente, iban a Australia con las fieras que formaban parte de las atracciones del circo.

Los truenos se sucedían ahora continuamente, produciendo un estrépito tan grande que Colin apenas podía dar órdenes a los marineros, pues quería mandarles que fuesen dando la vuelta alrededor del poblado para libertar a los prisioneros.

El que la tormenta mantuviese dentro de las chozas a los negros era una gran ventaja para los rescatadores que pudieron poner en libertad a los del *Elegant*; pero apenas acabaron de hacerlo salió de una de las chozas un indígena a quien la luz de un relámpago reveló lo sucedido. Entre trueno y trueno dió voces de alarma, y antes de cinco minutos trescientos negros salían corriendo de las chozas. No era posible escapar por donde habían venido, y ansiosos de huir por poner a salvo a los del *Elegant*, Colin Wood les ordenó que se retiraran mientras él y sus hombres cubrían la retirada. La partida de los blancos empezó a retroceder en retirada, entre los truenos

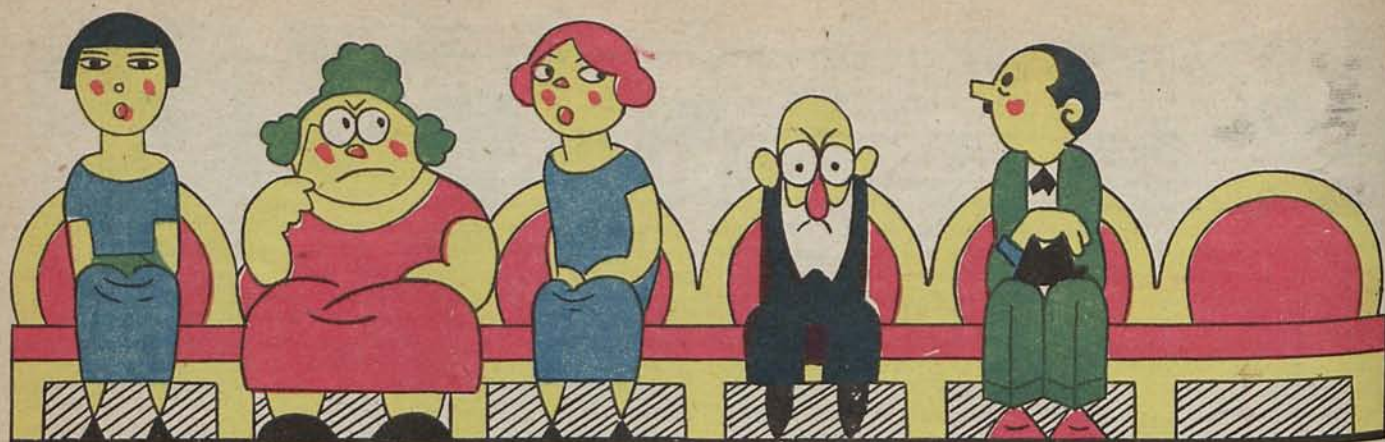
—¡Yo voy, capitán! —dijo animosamente el muchacho—. Para algo soy Dick Walker.

Colin Wood sintió tal emoción que no pudo hacer más que estrechar con fuerza la mano del valiente muchacho; éste, sin pensarlo más, echó a andar por aquel estrecho paso.

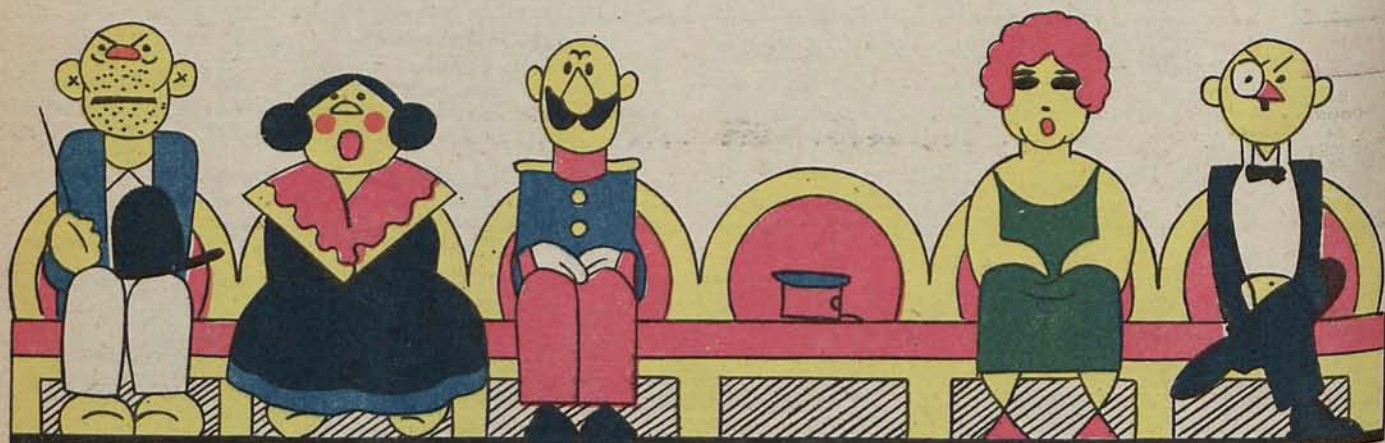
Dick Walker, poniéndose erguido para mantener el equilibrio, emprendía la arriesgada hazaña. Fué avanzando metro por metro, mientras los relámpagos y rayos caían a su alrededor y los truenos resonaban en sus oídos. Pero él no vacilaba; impávido continuaba cumpliendo su cometido con la misma frialdad que si estuviera haciendo juegos sobre la cuerda floja en el circo. Llegó por fin al otro lado y se perdió de vista por la colina abajo.

Los valientes defensores continuaban su desesperada intentona de hacer retroceder a los salvajes; ambas partes habían sufrido muchas pérdidas, pero la fortuna se mostraba favorable a los indígenas temerarios. Pasaron cinco, diez minutos mortales, y en seguida, al otro lado del barranco, sonó una formidable descarga, pues los treinta hombres llegaban a buena distancia de los indígenas para dispararles, e hicieron tal cantidad de descargas sobre ellos, que los negros se quedaron amedrentados, y, no sabiendo cuántos eran los blancos que habían venido a la defensa de los otros, opinaron que su salvación estaba en la huida y corrieron a esconderse entre los montañas, dejando la victoria para los del *Hurricane*.



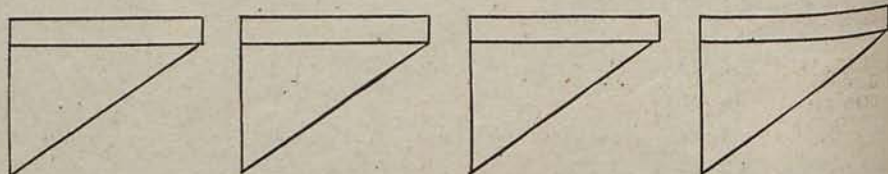


SEGUNDA FILA DE BUTACAS



TERCERA FILA
DE BUTACAS

Triangulos →



LA ROSA MARINA

ACTO 1º

CUADRO 1º

2

Recortad los espacios
blancos



El VISIR

Salah-al-
Dinar
Astrologo

Astrólogos

EL TEATRO DE PINOCHO

MATARILE, RILE, RILE

COMEDIA EN TRES ACTOS

(Conclusión.)

C.-ESTU. ¡Ay, no! ¡En la cárcel, tampoco! ¿No oye usted que voy a ser buena persona?

COMISA. Pero has sido un indino toda tu vida, y lo tienes que pagar.

PADRE. Dóselo usted. El arrepentimiento vale más que nada. Esta es mi mano, señor Catifurcio. Muy malos ratos me ha hecho usted pasar..., pero... ¡al fin y al cabo!...

C.-ESTU. Al fin y al cabo, dígame usted... Si no hubiera sido por mi maldad, ¿hubiese bajado su hija al fondo del mar?

PADRE. No creo...

C.-ESTU. Si no hubiese bajado al fondo del mar, ¿se hubiera enamorado de ella el príncipe Cangrejo?

PADRE. ¡Claro que no!

C.-ESTU. Y si no se hubiera enamorado, no se casaría con ella...

PADRE. ¡Evidente!

C.-ESTU. ...Y ustedes no tendrían ni dinero, ni perlas, ni este castillo...

PADRE. ¡Es cierto!

C.-ESTU. Luego si no es por mi maldad, ustedes no serían felices... No hay mal que por bien no venga.

PADRE. Lleva usted razón. En el fondo, tenemos que agradecerle que haya sido tan malo con nosotros... Pero recobre usted su figura natural y únase a nosotros para celebrar la fiesta de la llegada de mi hija...

C.-ESTU. Con mucho gusto. (*Vase, y vuelve al poco rato con su figura natural.*) ¡Ajajá!

MADRE. (*Entrando.*) Ya está todo dispuesto. ¿Quién es este señor?

PADRE. Un buen amigo nuestro.

MADRE. Mucho gusto. Está usted en su casa...

CATIFURCIO. ¡Ay, ya lo sé!...

PEZ ESP. Aquí llegan sus altezas. (*Entran Angelita, vestida de princesa, y el príncipe Cangrejo, acompañados de un cortejo de peces espadas.*)

ANGELIT. ¡Papá! ¡Mamá!

MADRE. ¡Amor mío!

PADRE. ¡Hija! ¡Angelita!

ANGELIT. No os he olvidado un momento. Ahora soy la criatura más feliz de la tierra. Os presento a mi prometido.

PRÍNCIPE CANGREJO. Os ofrezco mi respeto y mi cariño, así como espero merecer vuestro afecto y vuestra aprobación para la boda.

PADRE. Honradísimos y muy contentos con que ella sea feliz, y agradecidos a que usted haya sabido hacerla...

MADRE. Sí, señor. Lleva razón mi esposo.

ANGELIT. Entonces nos casaremos muy pronto. La boda será en el fondo del mar.

PADRE. Siento no poder asistir...

ANGELIT. Sí, vosotros vendréis...

P. CANG. Ustedes nos honrarán con su presencia.

MADRE. Es que eso de tirarse al agua...

ANGELIT. Vendréis vestidos de buzos. Es imprescindible.

COMISA. Permitanme vuestras altezas que les felicite por esta boda que une dos corazones tan simpáticos.

P. CANG. Mil gracias, señor comisario.

ANGELIT. Muchas gracias. Vendrá usted también, ¿no?

COMISA. Encantado. Será para mí un gran placer ver lo que hay en el fondo del mar.

ANGELIT. ¿Y ese? ¡Ah! ¡Ese es Catifurcio! ¡Ese es el mago que me quiso engañar!

MADRE. ¿Es este señor? Pues ahora va a ver lo que es bueno...

PADRE. Catifurcio está arrepentido, y me ha pedido perdón. Es una buena persona.

CATIFUR. Sí, soy una buena persona, y me alegro mucho de esta boda. Pido perdón a mi amiga Angelita y ofrezco mi amistad al príncipe Cangrejo, hijo de mi mortal enemigo...

ANGELIT. Yo le perdono con mucho gusto.

P. CANG. Esta es mi mano. Está usted invitado a la boda, y mi padre estará muy satisfecho de hacer las paces con usted.

COMISA. ¡Todos contentos!

ANGELIT. Lo que debemos hacer es devolverle a usted su castillo que le hemos quitado. Mis padres alquilarán un pisito...

CATIFUR. ¡De ningún modo! Yo me marcharé a mi antigua casa, y sus papás podrán disfrutar de este castillo.

P. CANG. Yo levantaré para mis suegros otro castillo maravilloso, y usted se quedará con lo que es suyo...

PADRE. Eso está bien.

CATIFUR. Como ustedes quieran. Yo iré a visitarles, si me lo permiten.

MADRE. Con mucho gusto.

ANGELIT. ¡Qué gran cosa es ser buenos! Con gente así, se arreglan todos los conflictos.

MADRE. Ahora, vamos al comedor. Os he preparado una cena. Pasen ustedes también.

COMISA. Muchas gracias.

CATIFUR. Muchas gracias, señora. Pero antes gritemos todos: ¡Vivan los novios!

TODOS. ¡Vivan!

CATIFUR. (*Entonando la marcha real.*) Chunda, tachunda, tachunda, chunda, chunda...

ANGELIT. ¿Ya no se acuerda usted de la canción con que nos conocimos?

CATIFUR. No la olvidaré nunca.

(*Cantando el matarile.*)

¡Viva la pareja!

Matarile, rile, rile.

¡Que sean muy felices!

Matarile, rile, ron.

TODOS.

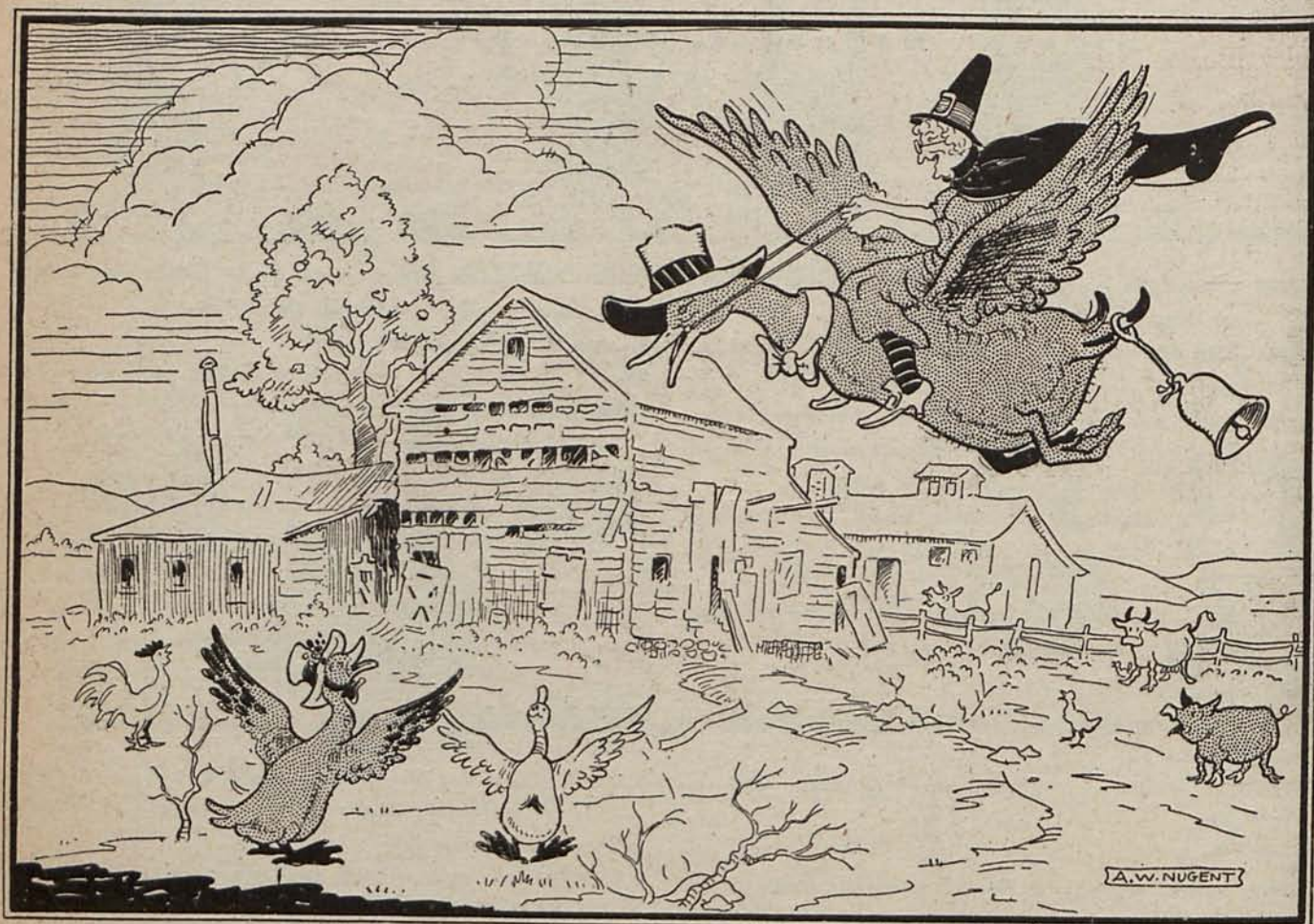
TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.

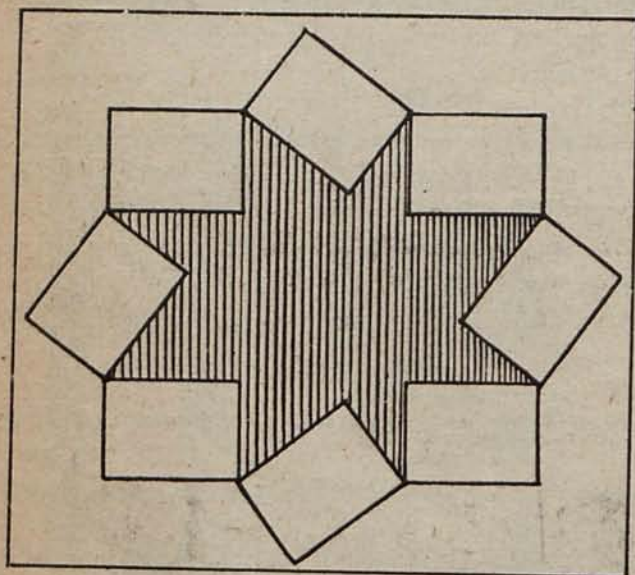
CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

LA BRUJA MARIZAPALOS



Ved a la bruja Marizápalos. Avanza montada en su pato loco; los animales tiemblan llenos de terror, y Mariquita, Antoñito y Juanito se han escondido. ¿Dónde?

VENTA DE SOLARES



Un corredor de solares muy aficionado a los pasatiempos, pretende que no es posible que ejerza su profesión quien no sea capaz de resolver esta clase de problema. Para ello propone el siguiente: Supongamos que tengo en venta los ocho solares de la figura de arriba, colocados de modo que cada uno de los propietarios tenga sus cuatro fachadas completamente libres. Los solares son todos de igual área y están formados por rectángulos cuyo ancho es las tres cuartas partes del largo. Vendo los solares a 12.000 pesetas cada uno, en la inteligencia de que los ocho propietarios, mancomunadamente, me pagarán el parque que queda en el centro por una cantidad que esté en la misma proporción con el precio del conjunto de los solares, que las áreas de éstos con la del parque. ¿Qué cantidad tendrán que pagarme?

ROMPECABEZAS



Con estas once piezas tenéis que formar un animal, gran amigo del hombre.

CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES DE ABRIL

ENVÍO DEL PINOCHISTA

D.

calle de

núm. Pueblo

Provincia

COLABORACION PINOCHISTA

DIBUJOS



Mi hotel de verano.
AFRICA DE LA TORRE.
Cinco años. Avilés.



Pirula.
FRANCISCO CABALLERO.—Diez años. Madrid.



Un duelo formidable.
MANOLO AZORIN.
Ocho años.



Un protestante.
JUANA VALDES.—Quince años. Panamá.



Un pescador entusiasta.
MIGUEL MOCHÓN.
Once años. Madrid.



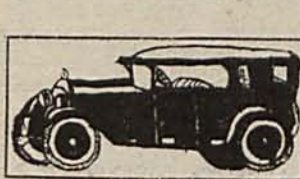
Chapete y Pinocho.
RAMÓN PARDO.
Diez años.



La casa de Pinocho.
ALFREDO JIMÉNEZ.
Nueve años. Vitoria.



Una parada.
R. SINOBAS.
Diez años.



Un 60 HP.
R. S.



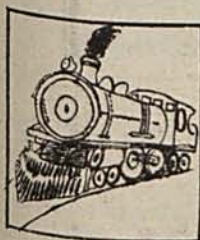
Mi maceta.
ELVIRA OTAOLA.
Diez años. Portugal.



Un floreo.
IRENE LARRIEU.—Diez años. Buenos Aires.



Mi amiga Pilarín.
CARMEN LEGARRAGA.
Trece años. Carabanchel Bajo.



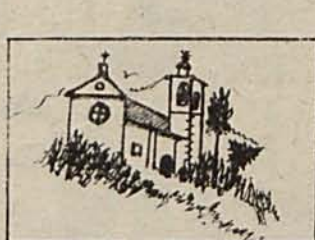
Una locomotora.
EDUARDO RODRÍGUEZ.
atorce años. B. Aires.



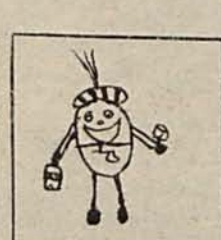
El ratón don Policarpo.
ANTONIO VEGA SEGOANE.
Once años.



¡Que me compren PINOCHO!
MERCEDES REY.
13 años. Coruña.



La ermita de Santa Ana.
CONCHA E ISABEL PEÑA.
Nueve y siete años.



El rival de Pinocho.
ALFONSO MARTÍNEZ.
Nueve años. Buenos Aires.



Mi perro de caza.
CARMEN GARCÍA.
Trece años. Carabanchel Bajo.



El tren en que viaja Pinocho.
DAKAR Y KARHAPATRNA.
Diez y once años. Oviedo.



Pinocho, futbolista.
LUIS S. CALZADA.
Leon.



El «auto» de Pinocho.
ALFREDO GIMÉNEZ.
Nueve años. Vitoria.



«Un chalet».
MARUJA MAÑA.
Diez años. Madrid.



Los blancos cisnes del Prado de Montevideo.
FERNANDO GARCÍA.
Nueve años. Montevideo.



Mi hermanita Concha.
M. R.
Trece años. San Sebastián.



Un romano.
ANTONIO A. GARCÍA.—Diez años.



Don Turulato.
JOSÉ SERRANO CUBILLO.— Sevilla.



Pinocho, corredor.
MANUEL NICOLAU.
Once años. Madrid



Buena jugada.
ANTONIO RODRÍGUEZ.
Diez años. Madrid.



Héroes de la Historia.

JUAN CASILLAS.
Diez años. Las Palmas.



En el Hipódromo.
VICTORIA LUCRECIA LATOSSA.
Trece años. Buenos Aires.



Inmaculada Concepción.
MARIANO URDIAIN.
Nueve años. Madrid.



Casita de Pinocho.
CARMEN VALVERDE.
Once años. Madrid.



Mi prima Lulú.
CARLOS MIELGO.
Nueve años. Zamora.



Castillo de los marqueses del Estofado.
RAFAEL CASANOVAS.
Nueve años. Barcelona.



Un equilibrista.
M. ARRADY.
Ocho años.

Regalos mensuales a los suscritores.

PINOCHISTAS PREMIADOS EN EL SORTEO MENSUAL DE REGALOS A LOS SUSCRITORES

Premios.	Febrero.	Marzo.	Abril.
Primero. 25 ptas. en dinero.	D. Gonzalo Arnáiz. Madrid.....	Srta. Nieves Montoya. Vitoria....	Srta. María del Pilar Gallo. San-
Segundo. 15 ptas. en libros.	» Luis Martínez. Bóveda (Alava).	D. Manuel Trujillano. Aranda (Bil-	tander.
		bao).....	» Amelia Rufino. Gandia.
Tercero. 10 ptas. en libros.	» Joaquín León del Pino. Málaga.	» Celso Barrutia. Cazorla.....	D. Carlos Marcos. Cangas de Tineo.
Cuarto. 5 ptas. en libros...	» Anibal González. Sevilla.....	» Manuel Saavedra. Badajoz....	Srta. Amelia Aranda Sins. Zara-
Quinto. 3 ptas. en libros...	» Manuel Guerrero. Madrid.....	Srta. Jarita Alonso. Pimentel (Va-	goza.
		lladolid).....	D. Mauro Alonso. Vigo.

TAPAS PARA encuadernar "PINOCHO"

Ya están hechas las tapas. Son preciosas. Están estampadas en varios colores y son de tela inglesa fuerte y bonita.

Con los números publicados en 1925 se hacen dos tomos. Por tanto, hacen falta dos tapas. Sus precios son los siguientes:

Para los suscritores:

Cada tapa, 3,00 pesetas.

Las dos de 1925, 6,00 pesetas.

Para los lectores:

Cada tapa, 5,00 pesetas.

Las dos de 1925, 10,00 pesetas.

También hemos hecho tomos encuadernados con la Colección Completa de **PINOCHO**, a petición de muchos Pinochistas que tienen su Colección incompleta, o estropeada, o rota por haber cortado los cupones.



Estas Colecciones Completas y encuadernadas con las preciosas tapas especiales para los Pinochistas, se venden a los siguientes precios:

Colección Completa de todos los números publicados hasta Diciembre de 1925:

(Dos tomos preciosos encuadernados en tela.)

Para los suscritores, 30 pesetas.

Para los lectores, 35 pesetas.

En Julio encuadernaremos los números de los meses de Enero a Junio de 1926 y los venderemos también en soberbios tomos encuadernados.

CORRESPONDENCIA

A los capitanes de Equipos Pinochistas. (Madrid.)—Mis queridos amigos: Ocurre con frecuencia que algunos capitanes Pinochistas, deseosos de retar a otros equipos—también de Pinocho—, me piden datos y direcciones que no tengo. Sería, pues, conveniente, no sólo para mí, sino para todos, que los capitanes de equipos existentes en Madrid, me remitieran su domicilio a la mayor brevedad posible. De esta forma, poseyendo yo una lista de direcciones, podré facilitarla en cada momento oportuno. ¿Entendido? Espero vuestras cartas.

M. Barrantes V. del Prado.—Tu problema de palabras cruzadas, acaso el más bonito de los que hemos recibido en esta Redacción, no podrá publicarse. Desde el mes de febrero somos Pirula y yo quienes hacemos los pasatiempos. Sin embargo, no creo que ello te apene. Quien hace este problema, el que hoy me envías, es capaz de hacer muy buenos dibujos, y yo espero éstos desecho de publicarlos. Envíame trabajos, que yo los daré en PINOCHO.

Un abrazo muy apretado de Pirula, Anita, Morronguis, etc., etc.

Angelita Sánchez Más.—He recibido tu magnífica carta. Me escribes tardíamente, pero cierta. Por ello me han satisfecho mucho, en el día de hoy, los 800 renglones de tu espléndida epístola. Escribeme siempre así, mi queridísima Angelita. Por mi parte, ya sabes que estoy dispuesto a servirte. Y lo mismo Pirula y Anita, y Morronguis y todos. Envíame cuantos trabajos quieras.

Antonio García Mármol.—Mi querido amigo: Encantado con tus dibujos. Son una maravilla. Los publicaré.

Juan Ansaldo Garrigues.—Con tu malísima memoria te has olvidado de remitirme, con tus tres dibujos, los cupones correspondientes.

Pedro Benito Salgado.—¡Tinta negra!

Antonio Sánchez.—Admitido. Remítame cuantas crónicas deportivas se te ocurran escribir.

Bartolomé López Alcántara.—Tus problemas, por razones que debes conocer, no podrán salir en PINOCHO. Mándame otra cosa.

Un abrazo de Pirula y otro de Don Turulato, y otros...

¡Ah, no olvides el cupón en las demás ocasiones!

Juana Bellido.—A lápiz, imposible. Y mira que son buenos, perfectos, admirables tus dibujos. ¡Tinta negra!

Lola Acosta.—Con un solo cupón me has remitido varios dibujos. Lo cual quiere decir que no podré publicar más que uno—el más bonito— de tus trabajos.

María Teresa.—Tu «Plus Ultra» ha venido hasta aquí, planeando garbosamente con tu admirable carta. No creo que se me hayan perdido tus anteriores dibujos. Si llegaron a mis manos, ya estarán para salir. De todas formas, no has hecho mal en remitirme este hidroavión, pues ahora es seguro, segurísimo que amará, amerizará o ama-

rinará en aguas de PINOCHO—en la revista—, el más bello, completo y perfecto de los aparatos contruidos hasta ahora.

Laurita Parellada Bellod.—Tu cuento es muy bonito, admirable. Pero viene sin cupón. Y...

Pe'ro Pegonoski y Gómez.—¡Tinta negra!

F. Valiana.—Tu «castillo» es, sencillamente, estupendo. Una maravilla, un acierto, algo grande, transcendental y permanente. ¿Puedo decir más?

Abrazos de Pirula, Anita, Potipán, Cañamón, Morronguis, Don Turulato, Currinche, etc., etc., etc.

Merceditas Rey.—Supongo en tu poder los libros que te correspondieron en el sorteo, ya tan lejano, de Navidad-Reyes. Con mucho gusto publicaré los versos que dedicaste desde París, cariñosamente, a la nieta del general Marchado. Da mis más afectuosos recuerdos a todos los Pinochistas y Pirulinas que conozcas ahí. Da de mi parte, a Cucha y a Buby, un abrazo muy apretado. Recibe de Pirula, Anita, Currinche, etc., etc., cariñosos saludos.

José Luis Saluquillo.—Sospecho, amigo José Luis, que has visto visiones. ¿Dónde has leído esas palabras a que te refieres y que yo no he escrito ni pensado nunca? Ten presente que, aunque soy de madera, tengo que pagar las cosas en buen dinero contante y sonante, y que no he podido encontrar en todos mis viajes extraordinarios la bolsita mágica que siempre contiene dinero por mucho que se saque. Tú eres muy listo, y al buen entendedor... ya sabes.

Luisa Villamil.—Tus dibujos me gustan, pero como me los remites sin cupón...

Ernestito Colmeu.—Poco ha de faltar, querido Ernestito, para que salgan tus estupendos trabajos. ¡Si vieras la cantidad abrumadora de colaboración que recibo todos los días! ¡Es imponente! Los tuyos están ya muy adelantados, en el turno, y dentro de muy pocos números creo que aparecerán.

Ana María Fernández.—La verdad. No recuerdo tu cuento. Si lo he recibido, dado el tiempo transcurrido, ya pronto deberá salir. Pero lo mejor, mi inteligente Ana María, es que me remitas nuevos trabajos. Yo te prometo publicarlos a la mayor brevedad posible.

José María Piñar y Miura.—Por razones que debes conocer, no puedo publicar tu magnífico problema. Es una lástima. Pero los problemas los hacemos ahora Pirula y yo, a petición de muchos Pinochistas... y ya ves.

Aurora Diaz.—Entregué tu carta a Pirula, y Pirula está dispuesta, gustosísima, a complacerte. Confía en su amable promesa. Ya verás qué cosas más bonitas te facilitará en su preciosa página.

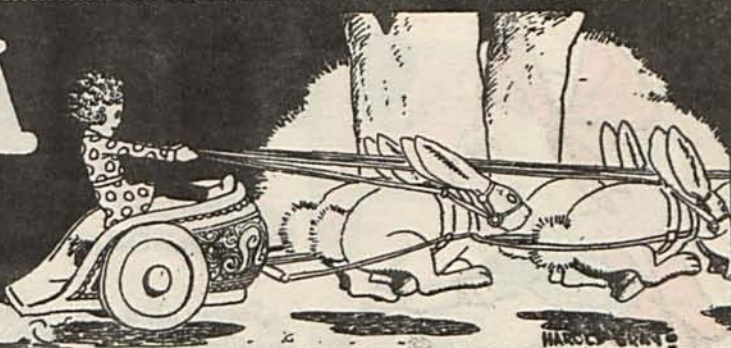
María Carmen Laguna García.—Apenas recibí tu admirable carta, di las órdenes oportunas para que te remitieran lo que te corresponde. Creo que a estas horas no estarías disgustada conmigo.

Recibe un abrazo de Pirula, otro de Paco Morronguis, otros dos de Currinche y don Turulato, y otro mío.

A mis colaboradores.

Queridos Pinochistas: Pirula y Morronguis están locos, verdaderamente abrumados con tantos dibujos, cuentos, chistes e historietas como llegan a esta redacción mensualmente, semanalmente, diariamente. ¡Es imponente! Tanto, que para no acumular más trabajos, dejo de insertar en este número el cupón de colaboración, el cual aparecerá nuevamente apenas hayan salido en estas páginas todos los dibujos, cuentos, chistes e historietas atrasados. Creo ésta una medida acertada que beneficia a todos, impidiendo, a la vez, que Pirula y Morronguis, mis fieles ayudantes, puedan perder la razón, ahogados en el mar de vuestros trabajos.

ANITA BUEN- CORAZON





SECCIÓN PIRULA

PIRULA, BORDADORA

Sobre para la servilleta.—¿Vosotros habéis tenido ya alguna caji-

ta o sobre de esas «monerías» que se llaman «flores japonesas»?...

Seguramente, sí; y más de una vez os habréis entretenido en echarlas en un vaso de agua para ver cómo se ensanchan, se abren y forman toda suerte de graciosos motivos de estilo japonés, figuritas, casas, flores, árboles, etc., etc.

Si por casualidad no las conocéis todavía, os aconsejo que las compréis cuanto antes, y os lo aconsejo porque su precio es módico; ya sabéis que Pirula gusta poco de animar al dispendio a sus queridos lectorcitos, lo cual equivaldría a enemistarse con los papás.

Pues bien: el hablaros de las «flores japonesas» viene a cuento de que el motivo que me ha salido en este sobre para la servilleta parece una de ellas, ¿verdad? Por lo menos, a mí me las ha recordado.

Como veis, he hecho la orilla del sobre redondeada y bordeada a punto de festón.

Si lo preferéis, hacedla cuadrada, con un dobladillo

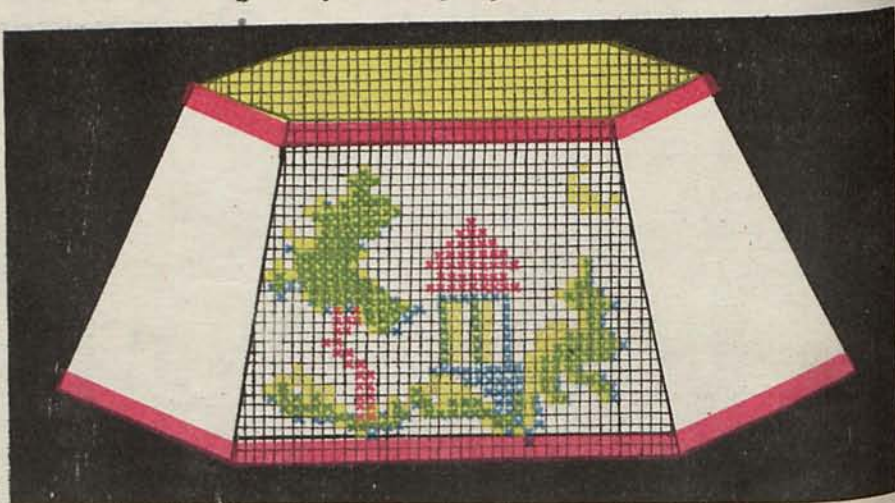
y una vainica que puede bordarse con grueso algodón de color.

No he dibujado ojales ni botones porque me parece más práctico poner automáticos.

□ □ □

Pantalla a punto de cruz.—Esta pantalla hexagonal...

Bueno, huelga explicaros lo que quiere decir hexagonal; primero, porque todos sabéis que significa que



tiene seis lados; lo mismo que pentágono quiere decir que tiene cinco; heptágono, que tiene siete; octógono, que tiene ocho, etc., etc.

Y segundo, porque a la vista está en el grabado que esta pantalla tiene seis lados.

Pues bien: lo que iba a deciros es que el motivo japonés que la adorna, y que se repite en todos sus lados, es facilísimo de bordar a punto de cruz.

Podéis bordarlo en tela, hilvanando previamente un trozo de cañamazo y sacando luego los hilos del cañamazo; y podéis también bordar en el cañamazo solamente, y forrar éste luego con una seda lavable, o con vuela de algodón, que resulta más económica.

Yo creo que para una pantalla, el segundo sistema es el mejor.

Yendo bordada la pantalla en rosa, verde, amarillo y azul, el visopodrá ser: o amarillo o rosa azul.

No os aconsejo el verde, porque da un reflejo de luz nada bonito.

Lo más bonito para pantallas es rosa.

□ □ □

